



LA ESPADA Y LA BALANZA

clark carrados

LA ESPADA Y LA BALANZA

CLARK CARRADOS

**LA ESPADA
Y LA BALANZA**

1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 5859-1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS-1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 357/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

738 — Límites de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

615 — Sonata de sangre.

En Colección BUFALO:

438 — Capitán fracaso.

En Colección CONGO:

6 — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

307 — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

294 — Comerciantes en balas.

En Colección COLORADO:

228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

204 — La hija del *sheriff*.

En Colección PUNTO ROJO:

5 — Los murciélagos.



CAPÍTULO PRIMERO

Los periódicos vespertinos daban la noticia en grandes titulares:

DON GABINNO, ABSUELTO
VEREDICTO DE INculpABILIDAD EN EL CASO MERRYMAN
EL JURADO DECLARA INOCENTE A DON GABINNO

Los tres diarios vespertinos de Rapids City daban una sumaria reseña del juicio, en el cual el *gangster* Don Gabinno había sido absuelto de la imputación de asesinato en la persona de Carl Merryman que le había formulado el fiscal del distrito. Todos daban una reseña más o menos acomodada a los gustos del público, pero el único de los tres que se había atrevido a formular un comentario por su cuenta, había sido el *Courier*, debido a la pluma de su redactor de sucesos, Lemmuel Ryan.

El comentario hablaba de la corrupción de la ciudad, de la venalidad de algunos funcionarios públicos, del creciente progreso del crimen y el vicio en todas sus formas, y terminaba diciendo:

“Esperemos, por bien de la ciudad, que ya que ni el fiscal, ni el

juez, ni el jurado, ni la policía, han sabido cumplir con su deber de buenos funcionarios y ciudadanos, se encarguen de hacer justicia los miembros de esa benemérita asociación titulada “La Espada y la Balanza”...

La sociedad mencionada se hallaba reunida en aquellos momentos, poco después de haber salido el periódico a la circulación. Sus miembros eran siete y estaban sentados en torno a una amplia mesa de caoba, de forma ovalada.

Todos ellos iban vestidos de negro de pies a cabeza, con una amplia hopalanda que cubría sus cuerpos por entero, rematada en una especie de capuchón, sin pico, que solo tenía dos aberturas para los ojos. La mesa estaba desnuda de todo ornamento, excepto un cuenco de cerámica en su centro.

Cada uno de los asistentes tenía dos bolas: una blanca y una negra. Las bolas les servían para expresar su opinión cuando era llegada la hora de votar.

Uno de los concurrentes se puso en pie. Dirigió una mirada circular en torno a la mesa.

—Compañeros de “La Espada y la Balanza” —dijo en tono suave, sin estridencias—, otro *gangster* ha sido libertado hoy, después de recurrir a procedimientos que repugna mencionar y que están en la mente de todos. No vamos a discutir aquí lo que hizo ni lo que ha sucedido en la parodia de juicio que se ha desarrollado ante el tribunal. La Justicia está representada por la imagen de una matrona vendada, que sostiene en la mano izquierda una balanza, símbolo de la igualdad, y en la derecha una espada, símbolo de la fuerza, que es preciso utilizar a veces cuando la Ley es conculcada.

“En el presente caso, la espada ha perdido el filo y la balanza se ha desnivelado por el peso del oro y las amenazas. Tanto daría que la Justicia hubiera perdido la venda, porque sus ojos han visto para actuar y, por tanto, ha perdido la imparcialidad que debe presidir sus decisiones, cuando dicha venda debiera ser, precisamente, la garantía de dicha imparcialidad.

“Pero nosotros estamos aquí para resolver casos que los hombres no han sabido o no han querido —fíjense bien en que no digo “no han podido”— solucionar. Queremos cubrir los ojos de la matrona con la venda, y queremos hacer funcionar la balanza, haciendo justicia, y la espada, aplicando la sentencia, de dicha justicia. En el caso presente, en que se juzga al notorio *gangster* y asesino Don Gabinno, que cada uno vote con arreglo a su conciencia.

“Mi bola será la primera que entre en la urna. Eso es todo, compañeros de la “Espada y la Balanza”.

Y acto seguido, el que acababa de hablar depositó una bola en el

cuenco. Al caer, la bola produjo un sonido tintineante, seguido por otros seis sonidos idénticos.

—¿Votaron todos? —preguntó el enmascarado.

Seis cabezas se movieron casi al unísono. Entonces, el individuo se inclinó hacia adelante y tomó el cuenco con ambas manos, volcándolo boca abajo. Las bolas y la balanza se ha desnivelado por el peso del oro y las cayeron sobre la mesa: Todas las bolas eran negras.

CAPÍTULO II

Don Gabinno rio estruendosamente el chiste que acababan de contarle. Luego rodeó con su brazo el carnoso tallo de la opulenta rubia que tenía al lado y se inclinó hacia ella, besándola en el cuello.

La rubia lanzó un fingido gritito de susto.

—¡Cuidado, Don —fingió pudor—, que hay gente delante!

—¡Bah! —contestó el pandillero—, son de confianza. ¿No es cierto, chicos?

Los chicos eran tres y contestaron a coro:

—¡Seguro, jefe!

—Vamos, muchachos —dijo la rubia—, más champaña. Hay que celebrarlo.

Uno de los “muchachos” destapó la cuarta botella de champaña. El líquido burbujeó en las copas.

La rubia tomó una de las copas y la levantó en alto.

—¡Por la libertad de Don! ¡Y porque esos bastardos de la “Espada y la Balanza” se mueran pronto!

El rostro de Gabinno se deformó de pronto.

—¡Estúpida! —gruñó—. ¿Por qué has tenido que mencionarlo?

—Pero, Don, ha sido solo una broma.

—No me gustan ciertas clases de bromas —Gabinno se había puesto muy pálido y miraba aprensivamente en todas direcciones—. No vuelvas a nombrar a esos hijos de perra o te partiré la boca, Suzy.

—Jefe —dijo uno de los pandilleros—, no se enfade. Sfiro, Bows y yo estamos aquí para protegerle, si a esos estúpidos les diera por asomar la nariz por casa —metió mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una pesada automática calibre 45—. Ya pueden ir diciendo tonterías por ahí acerca de “La Espada y la Balanza”; esto mella todas las espadas y desnivela todas las balanzas, téngalo por seguro.

Gabinno vació de un golpe su copa de champaña. Luego tendió la mano para que se la llenaran.

—Sí —dijo, torciendo el gesto—, eso es lo que parece. Pero que se lo pregunten a Ainslie, a “Big” Cortie, a Chree Parkson y a Schurig. Todos ellos recibieron una visita de los miembros de esa sociedad y todos acabaron con un palmo de lengua fuera. No, no es ninguna tontería desdeñarlos. Son fuertes, tienen una magnífica información y saben lo que

se hacen. Por lo que a mí respecta, no me gustaría recibir una visita de...

Gabinno se interrumpió de pronto. El zumbador de la puerta acababa de sonar.

Las cinco personas que había en la reunión se miraron unas a otros aprensivamente. El silencio se hizo de súbito en la estancia.

—Yo iré a ver —dijo Sfiro, sacando su pistola.

—Te acompaño —exclamó otro pandillero, llamado Fath.

—¡No! —exclamó Gabinno de repente—. Quédate aquí. Ponte al lado de la puerta. Tú, Bows, al otro lado. Suzy, atrás.

Gabinno se pasó la lengua por los labios, súbitamente humedecidos. Luego miró a Sfiro.

—Anda —dijo con un susurro.

Sfiro salió de la estancia y cruzó el vestíbulo. El zumbador sonaba en aquellos momentos.

—¿Quién es? —preguntó cautelosamente.

—Telegrama para Harry Bows —respondió una voz inocua.

—¿Quién podrá telegrafiarle a estas horas? —masculló Sfiro para sí. Levantó la voz—: Bows, un telegrama para ti.

Bows salió de la estancia, tras haber consultado con su jefe. Llegó a la puerta y la abrió, después de haber guardado, como Sfiro, la pistola.

El mensajero de la Western Union le entregó el sobre amarillo y un lápiz para que firmase. Las dos manos de Bows quedaron así ocupadas momentáneamente.

Súbitamente, una pesada pistola, terminada en una extraña protuberancia, apareció en las manos del mensajero. Sus ojos adquirieron de repente una dureza diamantina.

—Ni una sola palabra u os arrancaré los sesos a tiros —dijo en voz baja y concentrada.

Demasiado tarde comprendieron los dos pandilleros que habían caído en una trampa. El lápiz y el fingido telegrama se le desprendieron a Bows de las manos al levantarlas lentamente hacia el techo, lo mismo que su compañero.

El mensajero movió la pistola.

—Sin hacer ruido —siguió en el mismo tono—, ahí, de cara a la pared.

Los dos pandilleros obedecieron, apoyando las manos contra el muro. Acto seguido, el mensajero hizo una señal con la mano y un hombre enmascarado penetró en el departamento.

En la habitación contigua, Gabinno comenzó a impacientarse.

—Esos tipos tardan demasiado —gruñó—. Fath, ve a ver lo que sucede.

—Sí, jefe.

El pandillero salió de la estancia. Apenas había cruzado el umbral, cuando advirtió lo que ocurría.

Su mano voló hacia la pistolera. En el mismo momento, algo duro y

contundente cayó sobre su nuca con devastadores efectos.

Fath se desplomó de bruces hacia adelante. En la habitación contigua, Gabinno y su rubia advirtieron algo raro.

Antes de que pudieran hacer nada, el enmascarado se plantó de un salto en el centro de la puerta. Una pesada pistola automática brillaba en su mano derecha.

—¡Quieto, Gabinno! —dijo con voz ominosa—. ¡No te muevas o te llenaré el vientre de plomo! ¡Tú —se dirigió a la rubia—, fuera de ahí! Ponte de cara a la pared y no muevas una pestaña si quieres vivir.

La rubia obedeció, con el rostro convertido en una máscara gris ceniza. No era tan acentuado el tono, sin embargo, como el de Gabinno, cuya cara parecía la de un difunto.

Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, los seis enmascarados restantes penetraron en el departamento. El supuesto mensajero de la compañía telegráfica se había colocado ya sobre el uniforme un traje idéntico al de sus compañeros, quitándose de encima de la cara la careta de goma elástica que le había permitido presentar un rostro distinto del suyo.

Bows y Sfiro fueron inutilizados de sendos culatazos. La rubia fue conducida al dormitorio de Gabinno, en donde fue sólidamente atada y amordazada.

Gabinno quedó en el centro de un círculo de máscaras, contemplado por siete hostiles pares de ojos. Uno de los enmascarados habló:

—Gabinno, merced a malos trucos, entre los cuales se cuentan el soborno y la coacción, has conseguido librarte de la pena que lleva consigo la comisión de un crimen tan repugnante como el que cometiste en la persona de Merryman.

Gabinno sudaba copiosamente. Sus ojos volteaban en las órbitas, mirando a uno y a otro alternativamente.

Quiso hablar, pero las palabras no le salían de la boca.

—El juez te absolvió, basándose en inevitables triquiñuelas legales que no hubo medio de soslayar —prosiguió el enmascarado—. Esos trucos no sirven para nosotros, Gabinno. Sabemos que eres culpable y vamos a ejecutar la sentencia que hoy no se dictó.

—¡No... no...! —dijo el *gangster*, tendiendo sus manos suplicantemente—. No... me maten. Haré lo que quieran... me iré de la ciudad, les daré todo mi dinero... Pero no me maten...

Dos de los enmascarados se arrojaron de repente sobre él, atándole las manos a la espalda con unas tiras de sábana. Un tercer enmascarado se subió a una silla.

Había una lámpara en el centro de la habitación. Era grande y fuerte. Comprobó su solidez, colgándose de la misma. Luego abrió los dedos y se dejó caer al suelo.

—Servirá —dijo lacónicamente.

Otro enmascarado sacó una cuerda de debajo de la ropa. La cuerda tenía ya hecho el nudo corredizo.

Gabinno, fuertemente sujetado por sus captores, contempló los preparativos con ojos que parecían ir a saltársele fuera de las órbitas. Una espumilla blancuzca había aparecido en sus labios, de los cuales se escapaban frases totalmente ininteligibles.

Un enmascarado trajo una silla junto a la primera. Subiéndose a ella, tomó la soga con sus manos.

—Vamos, pónganlo sobre la silla —dijo.

Gabinno fue izado a pulso sobre la silla. El enmascarado le pasó el lazo por el cuello, atando luego el otro cabo de la soga a la lámpara, dejándola ligeramente tensa, con objeto de que los pies del sentenciado no tocaran al suelo. Comprobó la solidez del nudo y saltó al suelo.

—¡Listo! —dijo.

Gabinno exhaló un chillido agudísimo.

—No, no...

Un enmascarado pegó de repente una patada a la silla. La cuerda se tensó de repente con seco chasquido.

Diez minutos después, todo había terminado. Uno de los enmascarados extrajo del interior de su hopalanda un papel, que sujetó al pecho de Gabinno con un alfiler.

En el papel había impreso un dibujo. El dibujo consistía en dos manos, una de las cuales sostenía una balanza y la otra una espada. Nada más, no llevaba la menor inscripción ni leyenda de ninguna clase.

El enmascarado retrocedió un paso.

—Se ha hecho justicia —dijo sencillamente.

—¿Y los demás? —preguntó alguien.

—Haremos lo de costumbre —respondió el que parecía el jefe—. Los llevaremos fuera de la ciudad, dejándolos luego en medio del campo, descalzos y completamente desnudos.

—¿También la dama?

—Bueno —hubo un carraspeo—, solo descalza. Tardará bastante en volver, desde luego.

Un cuarto de hora más tarde, el departamento quedaba completamente vacío. Solo había en él un cuerpo humano pendiente de una soga, girando lentamente a derecha e izquierda.

Aquella misma noche, en la Redacción, del *Post*, periódico de la mañana, se recibió una llamada.

—¿*Post*? Escuche, tengo una noticia que darles. Es referente a Gabinno. “La Espada y la Balanza” han hecho justicia. Eso es todo. Adiós —y el desconocido que había hecho la llamada, colgó antes de que el sorprendido redactor que había atendido al teléfono pudiera hacer la menor objeción.

Pero el periodista sabía a qué se refería su misterioso comunicante y por ello la noticia de la muerte del *gangster* apareció a la mañana siguiente en la primera página del *Post*.

CAPÍTULO III

“LA ESPADA Y LA BALANZA” ACTUAN DE NUEVO
SE HA HECHO JUSTICIA

DON GABINNO, EL NOTORIO GANGSTER, AHORCADO POR LOS
HOMBRES DE “LA ESPADA Y LA BALANZA”
EJEMPLO PARA NUESTRAS AUTORIDADES

Los titulares de los periódicos eran de este y parecido calibre. Sus comentarios ponían verdes a la policía y a todos cuantos tenían alguna relación con la Ley.

En ninguno de ellos se aludía al capitán Sam Barry, pero este se sentía en aquellos momentos como si acabara de salir de una ducha de agua hirviendo.

Lleno de cólera, hizo una pelota con todos los periódicos que tenía al alcance de su mano y los arrojó a un lado con violento ademán. Luego se inclinó hacia el intercom.

—¡Que venga el sargento Erickson! —bramó.

—Al momento, señor —le contestaron.

Mientras acudía el nombrado, Harry se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia, mordiendo nerviosamente el cabo de un puro. Gastó dos cerillas en encenderlo a satisfacción, sin que hubiera aparecido todavía el requerido.

Cuando iba a llamarlo de nuevo, la puerta se abrió a medias y el rostro de un hombre joven asomó por la abertura.

—¿Se puede, jefe? —preguntó.

—¡Entre! —bramó el capitán—. Hace una hora que le he llamado...

—Perdón, jefe —dijo el recién llegado con amplia sonrisa—: Solo cinco minutos.

—¡Es igual! —barbotó el oficial de policía—. Para venir aquí le sobraba a usted la quinta parte de ese tiempo. Estoy seguro de que alguna de las mecanógrafas tiene la culpa de ese retraso. ¿Me equivoco, Erickson?

Edward (Ned) Erickson, sargento de detectives, sonrió ampliamente.

—Me asombra su clarividencia, señor —respondió.

Los dientes de Barry emitieron un prolongado chirrido.

—Dejémoslo —dijo, tras inspirar aire profundamente—. Dejémoslo, porque si no... Bueno, vayamos a lo que nos interesa. ¿Ha leído usted los

periódicos?

—Un poco. Por encima, señor. Pero he visto la fotografía de Gabinno. Si hubiera podido mirarse él a un espejo, habría quedado muy descontento de cómo ha quedado, con lo orgulloso que estaba de su físico.

—Ahora ya no está orgulloso de nada —Barry mordió el puro—. Los de “La Espada y la Balanza” se lo han cargado. Y bien cargado, sí, señor; si alguien había que se mereciera la muerte, ese era Gabinno.

Los ojos de Barry centellearon.

—Pero esa no era la muerte que yo deseaba para él. Su muerte tenía que haberle llegado por manos del verdugo, tras un proceso legal y con todos los requisitos que dispone el código. ¿Comprende lo que quiero decir?

Erickson echó aliento sobre las uñas de su mano derecha, frotándolas acto seguido contra la solapa de su chaqueta.

—Llevo diez años en la policía, señor —contestó con tono que en apariencia era negligente, pero que, en realidad, escondía una velada censura del mismo—. ¿Quiere decir en este tiempo cuántos *gangsters* han sido condenados? Me refiero a *gangsters* de importancia, no a meros esbirros ni a pandilleros de menos cuantía. Bueno, Si le he de decir la verdad, ya era hora de que alguien empezase a hacer las cosas en serio.

El rostro de Barry se tomó repentinamente del color de la púrpura.

—¿Quiere eso decir que está de parte de esos individuos que se han arrogado unas funciones que no les competen en absoluto, Erickson?

—Entendámonos, señor —respondió el sargento sin amilanarse—. Como ciudadano, aplaudo incondicionalmente lo que han hecho, esta es la verdad. Como funcionario policial, estimo que esas personas violan la ley, así, lisa y llanamente dicho.

—¡Eso es lo mismo que digo yo! —Barry blandió el puño como si fuera una estaca—. Violan la ley. Suprimen un ciudadano indeseable, pero violan la ley. Al no estar facultados por ninguna autoridad legalmente constituida, se hacen reos de un delito de homicidio. Y por tanto, creyendo hacer justicia, lo único que hacen es cometer otro crimen, ¿me comprende usted, Erickson?

—Se comprende por sí solo, señor —respondió el sargento.

—Pero todavía hay más. Hay dos peligros que se ciernen sobre nosotros y que es preciso atajar enérgicamente. Justa o injustamente, don Gabinno había sido absuelto por un tribunal legalmente establecido y contra su decisión no cabe apelación alguna. Es cierto que Gabinno se merecía la muerte y no me voy a echar a llorar porque alguien le haya estirado dos cuartas el pescuezo. Ahora bien, si esto sigue así, pueden ocurrir dos cosas, la una como consecuencia inevitable de la otra.

“En realidad —siguió el capitán—, la primera ha ocurrido ya. La gente empieza a aplaudir a esos desconocidos de “La Espada y la Balanza”. Estos,

a su vez, saben que cuentan con el favor del público, el cual empieza ya a reírse de nosotros y a considerarnos como una especie de instrumento decorativo o algo por el estilo. Los ciudadanos de Rapids City comienzan a mirarnos como una especie de escoba de palmas muy finas y débiles, que solo pueden barrer la basura menor. En cuanto la escoba tropiece con un obstáculo un poco fuerte, las palmas se doblan y el obstáculo se queda atrás. Solo se llevan el polvo y algo de tierra, no los guijarros un poco grandes, ¿me entiende usted, Erickson?

El sargento sonrió.

—La imagen es sumamente gráfica, señor —dijo.

—Bien, pues ese es el primer peligro a que aludía, del cual, ineludiblemente, se derivará el segundo. A medida que los hombres de “La Espada y la Balanza” vayan cometiendo esa clase de tropelías, se irán ensoberbeciendo, enorgulleciéndose de sí mismos y de sus hazañas, sobre todo si saben que cuentan, como así sucede en realidad, con el favor del público. Y entonces, puede ocurrir que de unos justicieros que son hoy — en ningún momento debemos olvidar que su justicia, si es primaria y efectiva, es también ilegal—, se conviertan a su vez en unos asesinos y forajidos al caer en los mismos pecados que ahora censuran, ¿estados? He aquí el peligro que hemos de conjurar, infinitamente mayor que el del ridículo, Erickson. O detenemos prontamente a esos individuos o se nos transformarán en unos bandoleros.

La historia esa llena de casos semejantes. Hemos de procurar que no suceda tal cosa en Rapids City.

—Le entiendo perfectamente, señor —contestó el sargento.

Barry inspiró con fuerza. Luego dijo:

—Esta es la orden que le doy, sargento: A partir de ahora, se dedicará únicamente a descubrir a los miembros de esa organización secreta. Emplee los medios que mejor le parezca; no repare en métodos ni gastos, pero descúbralos. Usted y solo usted se encargará de ello. Y procure triunfar; el ascenso a teniente le espera después de la misión.

—Procuraré hacerlo, capitán —dijo Erickson.

—Es usted joven, fuerte y, sobre todo, hábil e inteligente. Si emplea un poco su cabeza, llegará a conseguir un buen resultado —Barry alargó su mano derecha—. Le deseo buena suerte, Erickson.

El joven sacudió la cabeza.

—Gracias, señor —ya iba a retirarse, cuando en aquel momento se abrió la puerta y penetró un hombre.

El recién llegado se detuvo.

—Oh, veo que estorbo —dijo, iniciando la acción de retirarse.

—Por favor, señor Bruckner, en absoluto. Pase y siéntese, se lo ruego —dijo el capitán.

Martin Bruckner era el comisario policial de Rapids City y, por tanto, el

inmediato superior de Barry. Miró a este y al sargento.

—Ya sé de qué estaban hablando —sonrió.

—En efecto, señor —gruñó Barry—. Comentábamos la última hazaña de los de “La Espada y la Balanza”.

—Los periódicos nos ponen verdes, Barry —comentó el Comisionado.

—Bien, señor, yo creo que tales censuras, en todo caso, deberían dejarse para el juez y el jurado que absolvieron miserablemente a Gabinno —rezongó el capitán.

—Soy de su misma opinión, Barry, pero el hecho es que no podemos tolerar que esos individuos continúen cometiendo tropelías como la de anoche—. El Comisionado señaló el montón de periódicos que yacían en un rincón—. No quiero que la Prensa vuelva a relatar un hecho semejante.

—Acabo de encargar al sargento Erickson que investigue exclusivamente cuanto se refiere a esa sociedad secreta, señor —dijo el capitán Barry.

El Comisionado miró hacia Erickson. Admiró la reciedumbre física del joven y su expresión enérgica, resuelta y vivaz.

—Le he prometido los galones de teniente si triunfa —añadió Barry.

—Confirmo su promesa, capitán —dijo Bruckner sosegadamente—. Atrape a esos individuos y su ascenso a teniente será un hecho.

—Gracias, señor —contestó Erickson—. Con permiso —y se retiró.

Al quedarse solos los dos hombres, Bruckner dijo:

—Creo que ha encontrado usted a la persona que andábamos buscando, Barry.

—Gracias, señor. También yo creo que no me he equivocado —suspiró—. Ojalá nos resuelva pronto el caso.

Las intenciones de Erickson eran tales, pero antes de ponerse en campaña, tenía antes que preparar un plan que le permitiera llegar a la consecuencia de sus fines. Por ello, lo primero que hizo fue dirigirse a los archivos, en donde permaneció largas horas estudiando todo cuanto se refería a los miembros de la sociedad secreta “La Espada y la Balanza”.

Íntimamente, el joven elogiaba a aquellos individuos. Ya que la ley, en muchos casos, se mostraba impotente e ineficaz, era necesario que alguien la supliera; pero, al mismo tiempo, tampoco podía tolerarse que unos ciudadanos, por muy bien intencionados que fueran, se tomaran atribuciones que no les competían.

Una de las cosas que se llevó el joven de los archivos fue el papel que los investigadores habían encontrado sobre las ropas del muerto. Erickson se había percatado de que el papel estaba perfumado ligerísimamente, como si hubiera estado en contacto con alguna prenda femenina.

—O sobre la carne de una mujer —se dijo, pensando en lo fácil que era ocultar un trozo de papel semejante, de unos seis por ocho centímetros, en un seno femenino.

Examinó el dibujo largamente. Parecía impreso, aunque después de un atento escrutinio se advertía que había sido reproducido con la ayuda de una multicopista. Esto eliminaba el tener que ir preguntando por las imprentas de la ciudad, pero al mismo tiempo, hacía doblemente difícil su labor, puesto que poseer —y, subsiguientemente, utilizar una multicopista, era cosa que estaba al alcance de cualquiera.

Después de mucho pensárselo, decidió que lo primero de todo era averiguar el origen de aquel perfume. Cuando llegó a tal conclusión, era ya de noche y las perfumerías estaban cerradas, por lo que dejó la investigación para el día siguiente y se fue a dormir.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente se celebró una reunión de los más conspicuos ciudadanos de Rapids City, para tratar de atajar dos males que afligían a la ciudad. Uno de ellos era la creciente criminalidad, que no había modo de atajar por más esfuerzos que se hacían. El otro, naturalmente, era la actuación del misterioso grupo de “La Espada y la Balanza”.

Asistían hasta una docena de personas, dos de las cuales eran mujeres, ambas muy bellas.

Uno de los concurrentes era el atildado Martin Bruckner, Comisionado de Policía, de quien se decía, por su elegante indumentaria, era el Petronio de Rapids City. Lois Hamrin, una bella muchacha de veintiséis años, dueña de una enorme fortuna y de numerosas empresas industriales, cuyas aportaciones a las obras benéficas de la ciudad eran hartamente conocidas, había sido citada también por Irving Stokley, alcalde de Rapids City y autor de la convocatoria.

Los restantes asistentes eran Fullerton DeRoy, preeminente banquero, uno de cuyos establecimientos había sido recientemente asaltado; Andrew Spellon, importante industrial y enemigo acérrimo del crimen, por lo que siempre andaba clamando contra las extorsiones y desafueros de los *gangsters*; Clarabel Normand, una hermosa mujer de treinta y dos años, viuda, abogado con una espléndida clientela, cuyos servicios habían sido requeridos en más de una ocasión por los fuera de la ley, sin haber conseguido nada positivo de ella. Horatio Walker, director del más importante colegio de la ciudad; Lemmuel Ryan, periodista del “Courier”, joven y dinámico, de pluma mordaz y certera, y enemigo implacable del bandolerismo en todas sus formas; Stewart Pease, dueño de una importante cadena de cinematógrafos, hartamente de tener que pagar protección a los pandilleros a cambio de que no le arrojasen bolitas de mal olor o bombas de gases lacrimógenos en sus establecimientos; Johnson Oakie, propietario de varios restaurantes, cuyos motivos eran los mismos del anterior; y, por último, Nelson Langley, dueño de la más importante cadena de supermercados de la ciudad, algunos de los cuales habían sufrido los efectos de la insaciable codicia de los rufianes.

La reunión se celebraba en casa de Lois Hamrin, una imponente mansión de estilo colonial, severamente decorada con muebles y cuadros de positivo valor, estratégicamente colocados de modo que en ningún

modo diesen sensación de lujo y sí de comodidad y elegancia. Lois en persona, una esbelta muchacha de pelo castaño y expresión serena en sus ojos impecablemente azules, hacía los honores a los asistentes.

Después de servirles café y licores, ayudada en ello por el abogado Normand, el alcalde Stokley hizo una exposición de los hechos y pidió a los asistentes su consejo para elaborar un plan que pusiera coto definitivo a los desafueros de los *gangsters* y, al mismo tiempo, terminara con las que calificó “criminalmente encomiables actividades de La Espada y la Balanza”.

—Hasta ahora —dijo el industrial Spellon—, no puede decirse que no haya aplicado la justicia en otra forma que la que nuestros jueces y jurados no han sabido aplicar.

—Pero es que eso no puede consentirse —exclamó el banquero DeRoy—. Hay una ley y un orden establecidos. ¿A dónde iríamos a parar si cada uno de nosotros la aplicáramos por nuestra cuenta y riesgo? Cada uno de los presentes puede matar en legítima defensa... si esa defensa se hace en el acto de sufrir el ataque. Pero no puede ir a matar a su atacante a los dos o tres días de realizado el hecho; su obligación es recurrir a los servicios de la Policía. Esto es solamente un ejemplo, claro está, pero creo que puede servir para el caso presente.

—A pesar de todo, los de esa sociedad —manifestó Oakie— han hecho una buena limpieza en los elementos maleantes de la ciudad. No estoy con ellos, pero tampoco los censuro. Y me gustaría conocer a alguno para estrecharle la mano personalmente.

—¿Y le alentaría también para que siguiera ahorcando *gangsters*? —preguntó de repente la hermosa Clarabel Normand.

Oakie se turbó.

—Bueno, yo, la verdad... Eso que hacen está mal, desde luego; pero lo que no hay derecho es a que un hombre como Gabinno hubiera sido absuelto. Tres testigos le vieron disparar personalmente contra Merryman. Los tres se retractaron en el juicio, manifestando que era de noche, que no podían afirmarlo con seguridad... Mentían; los hombres de Gabinno les habían amenazado o sobornado. Esto lo sabemos todos; lo malo es que no se puede demostrar. Y así sucede en la inmensa mayoría de las ocasiones.

Pease se puso en pie.

—Estamos aquí para hablar crudamente —dijo—. Es notorio que en la policía existen elementos en relación con el hampa. ¿Por qué no se hace una investigación a fondo de esos individuos y se les expulsa o enjuicia, según su culpabilidad?

Stokley, el alcalde, miró a Bruckner.

—Comisionado, esta pregunta es para usted.

Bruckner asintió.

—Desde luego, el señor Pease tiene razón —contestó—. Estamos

investigando los elementos de la policía que, más o menos, pueden tener relación criminosa con los *gangsters*. Naturalmente, ha de comprenderse que dicha investigación es lenta y que no puede procederse contra un policía sin pruebas contundentes.

—¿Y qué me dice usted de las actividades de esa sociedad secreta, de esa especie de *Maffia* blanca que se ha creado en nuestra ciudad? —preguntó Langley acusadoramente—. Han ejecutado ya a cinco individuos y no puede decirse que no se lo merecieran, pero, ¿no corremos el peligro de que otras personas se lancen a cometer acciones semejantes? ¿Se da cuenta nuestro Comisionado de Policía, del peligro que corre la ciudad?

—Si permitimos que “La Espada y la Balanza” continúe sus depredaciones —dijo Oakie de nuevo—, cualquiera podrá hacer lo mismo con su enemigo sin que, en justicia, se le pueda acusar luego del crimen.

—Estimo que debe cortarse por lo sano la actuación de dicha sociedad —pidió DeRoy—. Todos los hombres disponibles, todos los medios, han de ser empleados para descubrir a los hombres que componen la repetida asociación.

—Estoy de acuerdo con usted, señor DeRoy —expresó Bruckner—. Pero, dígame, ¿qué haría usted con esos individuos caso de que los atrapara? Han cometido cinco muertes, es cierto, pero, póngase la mano sobre el pecho y responda, ¿los condenaría usted?

DeRoy volvió la vista a un lado.

—Bueno, no les pegaría una palmadita en el hombro, aunque —levantó la voz de repente— sí les prohibiría terminantemente toda actuación en tal sentido.

—¿Y no está establecida ya dicha prohibición? —retrucó agudamente el Comisionado—. Ninguno de ellos está facultado para juzgar y condenar, luego lo que han hecho es completamente ilegal.

DeRoy pegó un puñetazo sobre la mesa.

—Está bien. Condénelos. Pero primero es preciso que los encuentren. Después tendrá que probar que son ellos. Y luego, cuando los ponga frente a un juez y a un jurado... Me gustaría saber qué jurado en Rapids City condenaría hoy a esos hombres.

—En eso concuerdo con usted, señor DeRoy —expresó el Comisionado—. Pero al menos habríamos cortado sus actividades.

—Y los *gangsters* redoblarían las suyas —dijo Clarabel Normand sosegadamente.

Walker, el director del Colegio, emitió una interjección muy poco en consonancia con el cargo que ostentaba.

—Estamos detenidos en una encrucijada de la cual no sabemos cómo salir. Damas y caballeros, es preciso que hallemos cuanto antes una solución o de lo contrario, la anarquía se hará dueña de la ciudad.

—En lo que a mí se refiere —respondió Bruckner—, puedo decir que he

dado ya las órdenes oportunas para que se busque como sea a los de “La Espada y la Balanza”. Al mismo tiempo, se están investigando los posibles casos de corrupción de la Policía. Sin embargo, queda todavía un problema en pie; la educación de los ciudadanos. De nada nos sirve llevar a un maleante ante un tribunal, si luego los testigos se amedrentan ante la coacción o aceptan el soborno. Casualmente, esto es lo que ha sucedido en los cinco casos en que ha intervenido esa sociedad secreta. Mientras no consigamos que el público coopere, todos nuestros esfuerzos serán, lamentable y seguramente, inútiles por completo.

Las palabras de Bruckner no tenían vuelta de hoja. Dieron origen a una animada discusión, que concluyó cuando el alcalde Stokley solicitó un voto de confianza para el Comisionado.

—Desde luego —dijo Oakie—. Pero condicionado a que presente resultados satisfactorios en un plazo determinado.

—¿Cuatro semanas? —propuso el propio Bruckner.

Se aprobaron las cuatro semanas de plazo.

—Si al cabo de dicho tiempo no he solucionado nada de modo positivo, dimitiré —prometió Bruckner.

La reunión se disolvió poco después. Uno tras otro, se fueron despidiéndose de la dueña de la casa. La última en salir fue Clarabel Normand.

Clarabel sonrió al estrechar la mano de la muchacha.

—Te veo siempre tan ocupada que no quiero interrumpir tu labor —contestó Lois—. De todas formas, Sabes que siempre me tienes a tu disposición.

Clarabel asintió. De repente, su rostro adquirió una expresión meditabunda.

—El problema va adquiriendo proporciones alarmantes, Lois —dijo de pronto.

La muchacha asintió.

—Será preciso llegar a una decisión, ¿no crees?

—Sí, pero, ¿cuál?

Los claros ojos de Lois miraron de repente a lo lejos.

—No lo sé. Si Henry estuviera aquí para aconsejarnos...

Clarabel suspiró.

—Pero no está, desdichadamente. Y somos nosotras quienes hemos de adoptar tal decisión —suspiró—. En fin, procuremos dormir esta noche; mañana veremos qué nos ha aconsejado la almohada. Adiós, querida; te llamaré uno de estos días.

—Cuando gustes —respondió Lois, acompañando a su huésped hasta la puerta de la casa.

CAPÍTULO V

Veinticuatro horas más tarde, los miembros de “La Espada y la Balanza” se reunieron y acordaron enviar un aviso a determinada persona.

El destinatario del mensaje lo recibió oportunamente, y, al leerlo, prorrumpió en mil maldiciones y denuestos con los cuales trataba de ocultar en parte el miedo que le había asaltado al enterarse del contenido de dicho mensaje.

El mensaje era, escueto y lacónico, pero no tenía desperdicio.

Decía:

“Doc” Taylor, te damos ocho días de plazo para que arregles todos tus asuntos y te vayas de la ciudad. Pasado ese tiempo, actuaremos. No intentes esconderte, no busques protección; sería inútil. Recuerda a los que se fueron antes que tú y no por su propio pie. Gabinno fue el último. ¿Quieres hacerle compañía?

El mensaje no llevaba firma, solo un dibujo en el cual se veían dos manos empuñando una espada y una balanza, respectivamente.

Pese a su aire bravucón, “Doc” Taylor sudó de miedo. Sabía que los miembros de aquella asociación cumplían su palabra. Pero, por otra parte, le dolía tener que abandonar su “saneado” negocio de extorsión a honrados comerciantes, juego, drogas y cosas mucho peores, cuyo negocio le proporcionaba elevados ingresos al cabo del año. El miedo luchó con la codicia durante largo rato, hasta que al fin, al menos momentáneamente, triunfó esta.

Tocó un timbre y uno de sus esbirros acudió al instante. Taylor le enseñó el papel. El rufián se estremeció.

—Jefe, esto es grave —dijo sin rodeos.

—Lo sé —Taylor mordía las palabras—. Pero tengo una semana para pensármelo. De momento, me vas a buscar a tres personas, Kapper. Quiero interrogarlas, ¿estamos? Llévate los hombres que necesites, pero tráemelas aquí cuanto antes.

—Sí, jefe —contestó el sicario—. ¿Quiénes son?

Taylor le dio los nombres, Kapper asintió y se fue.

Dos horas más tarde, los tres individuos estaban frente a Taylor. Este les acogió benévolamente, ofreciéndoles *whisky* y cigarros. Les preguntó qué hacían, ellos contestaron que, por el momento, muerto Gabinno,

estaban sin trabajo, y Taylor les propuso un empleo en su organización, cosa a la cual los tres rufianes dieron su aprobación incondicionalmente.

—Pero no os he mandado traer aquí solo para ofreceros trabajo, sino para que me deis unos informes que necesito perentoriamente. Los tres estabais con Gabinno aquella noche, ¿no?

Sfiro, Bows y Fath se miraron aprensivamente.

—Sí —contestó el primero al cabo.

—¿Visteis a esos individuos?

—Bueno, verlos... Todos iban enmascarados. Llevaban una especie de toga que les cubría de pies a cabeza. Solo se les veían los ojos y las manos —respondió Sfiro.

—Pero, ¿cómo consiguieron entrar en la casa e inutilizaros? —quiso saber el *gangster*—. Hablar sin miedo aquí estamos entre amigos.

Sfiro hizo una relación completa de lo sucedido. Al finalizar, Taylor se quedó muy pensativo.

—¿Y el mensajero de Telégrafos? ¿Quién le vio la cara?

—Yo —dijo Bows.

—¿Notaste algo de particular?

Bows sacudió la cabeza.

—No, salvo que... me pareció que no tenía expresión. Apenas si movió los labios para decirme que callara o me llenaría la tripa de plomo.

—Llevaría una máscara de goma, sin duda alguna —sugirió Taylor ducho en tales ardides—. Eso no nos sirve de nada. Bien, ¿y qué hicieron con vosotros después de colgar a Gabinno?

—Nos llevaron a veinte millas de la ciudad, abandonándonos en un descampado, totalmente desnudos —contestó Bows, rojo como un pimiento.

—¿También a Suzy, la fulana de Gabinno?

—No. A ella la llevaron a otro sitio. La dejaron descalza, simplemente. Querían que tardáramos lo más posible en llegar a la ciudad.

Taylor rio abundantemente al imaginarse la situación de aquellos tres individuos desprovistos por completo de sus ropas y a veinte millas de la ciudad. Fue a continuar hablando, pero en aquel momento se oyó el timbre del teléfono.

Taylor tomó el aparato, escuchando unos momentos, sin contestar más que con unos simples monosílabos. Al terminar, dijo solamente:

—Descuide, lo haremos así—. Y colgó.

Miró a los rufianes.

—El sargento Erickson ha sido encargado de hallar la pista de los de “La Espada y la Balanza” —manifestó—. Es un individuo tenaz, astuto y capaz de conseguirlo a poco que se lo proponga.

—Entonces —dijo Kapper, hombre de confianza de Taylor— si seguimos a Erickson, tendremos a nuestra gente en el bote.

—Exactamente eso es lo que iba yo a proponeros —dijo el *gangster*—. Escuchadme bien vosotros tres: pegaos al sargento y no le dejéis ni de día ni de noche —Taylor se retrepó satisfecho en la silla—. Y ese pobre imbécil acabará por darnos hecha toda la faena, sin que a nosotros nos cueste apenas nada.

Echó mano al cajón de la mesa y extrajo de él unos cuantos billetes que lanzó hacia adelante. Sfiro los atrapó casi al vuelo.

—Para vuestros gastos. No quiero derroches inútiles, pero tampoco quiero que fracaséis por dólar más o menos, ¿estamos?

—¿Hasta dónde podemos llegar con Erickson? —preguntó Bows significativamente.

Los ojos de Taylor llamearon de repente.

—¡Imbécil! A ese no tenéis que tocarle para nada. Solamente seguirle y enterarse de lo que hace. Adónde va, a quién visita y con quién y de qué habla. Pero que no sepa siquiera que vais tras él, ¿estamos? —El rostro del *gangster* se endureció—. Ahora trabajáis para mí, recordadlo bien. Yo no admito fracasos. El que fracasa en mi organización, solo tiene un castigo. Acordaos de vuestro antiguo jefe; eso es todo lo que tengo que deciros.

Al terminar, Taylor se sentía mucho más aliviado.

En cambio, Ned Erickson, ignorante de lo que se tramaba contra él no solo no estaba más aliviado, sino que tenía los pies ardiendo como consecuencia de las incesantes pesquisas que hacía para reconocer el origen del perfume del mensaje.

Llevaba ya dos días recorriendo las perfumerías de la ciudad, sin haber encontrado hasta el momento el menor indicio que pudiera aclararle su labor. Porque estaba seguro de que había una mujer de por medio.

Era raro el caso en que había intervenido que no había tenido a una mujer como a uno de sus principales protagonistas. Y en el presente no podía por menos de existir una.

¿Quién y cómo era? —se preguntaba una y otra vez, oliendo el perfume del papel a cada momento.

Lo guardó de nuevo, extrayendo otro en el cual tenía una lista completa de las perfumerías de la ciudad. Había visitado ya casi todas y le quedaban apenas tres o cuatro.

Leyó la dirección de la próxima, comparándola con la calle en que se hallaba en aquellos momentos. Lanzó un suspiro de relativa satisfacción al ver que no estaba demasiado lejos. Guardó de nuevo la lista y siguió caminando, mientras pensaba con ansia de naufrago en un buen baño con sales para sus doloridos pies.

Absorto en sus pensamientos, no se dio cuenta de que le seguía un coche negro con tres individuos a bordo.

El coche rodaba a una prudente distancia, de unos treinta o cuarenta metros, por el lado opuesto de la calle. En el asiento trasero, Sfiro provisto

de unos potentes prismáticos que reducían la distancia a menos de la quinta parte, observaba con suma atención los menores movimientos del sargento, dando a Bows, que era el conductor, las oportunas instrucciones para el manejo del automóvil.

Unos minutos más tarde, Ned Erickson entraba en la perfumería. Sacó el papel con el dibujo del bolsillo. Como de costumbre, puso el dibujo boca abajo, para que no fuera visto por la dependienta.

Pero no fue necesario hacer la menor pregunta. Alguien había en la tienda que usaba aquel perfume.

Aparte de él, solo se veían dos personas: una muchacha que despachaba y una mujer que compraba unos artículos de tocador. El perfume provenía indudablemente de la segunda.



—Estamos aquí para hablar crudamente

Era una joven muy hermosa, espigada, de cabellos castaños con reflejos dorados y ojos de un maravilloso color azul, que cautivaron instantáneamente el corazón del joven. El rostro le pareció conocido, aunque de momento no podía recordar dónde lo había visto antes de aquel momento.

La joven de los cabellos castaños terminó sus compras y abonó el importe con un cheque.

—Muchas gracias, señorita Hamrin —oyó a la dependienta, la cual se precipitó acto seguido hacia la puerta.

Ned llegó antes. Abrió la puerta a la vez que se quitaba el sombrero galantemente. La muchacha de los cabellos castaños le agradeció el gesto con una breve sonrisa.

—Hamrin —repitió muy bajo para sí, Viéndola montar en un costoso automóvil deportivo de color rojo brillante.

El automóvil arrancó con un rugido profundo. Ned tomó nota de su matrícula mentalmente. Tenía una memoria fotográfica y no le hizo falta anotar las cifras.

—¿Desea el señor algo? —oyó de repente una voz a sus espaldas.

Se volvió. La dependienta era también muy bonita. ¿Por qué no revolotear un poco en torno a ella y sacarle cuanto pudiera acerca de la hermosa Hamrin?

—Sí —dijo con la más brillante de sus sonrisas—; un frasco de elixir de felicidad.

La vendedora rio argentinamente.

—Eso no lo tenemos aquí, señor —contestó.

—¿De verdad? —El rostro de Ned expresó consternación—. A juzgar por el maravilloso perfume que exhalaba la señorita Hamrin, no puede decirme que aquí no venden ese elixir, señorita.

—Quizá pueda encontrar algún otro que le agrade, caballero —respondió la muchacha.

Ned se apoyó en el mostrador con gesto confianzudo.

—Bueno, vamos a ver, preciosidad —dijo, lanzándose a la pelea.

CAPÍTULO VI

Sfiro marcó un número y esperó.

—¿El jefe? —preguntó.

—Sí, un momento.

La voz de Taylor se dejó oír segundos después.

—¿Quién es?

—Sfiro, jefe. Hemos estado siguiendo a Erickson, como usted nos dijo.

—¿Y...?

Sfiro relató minuciosamente todas las andanzas de Erickson hasta el momento en que, después de salir de la perfumería, se había dirigido a su casa. Después, siguió diciendo, había vuelto a buscar a la muchacha de la perfumería, con la cual se había ido a cenar y a bailar hasta las once de la noche. A esa hora, había acompañado a la muchacha a su casa y luego él había vuelto a la Jefatura, en donde seguía en aquel momento.

Taylor meditó un momento. Luego dijo:

—Dame el número del teléfono, Sfiro.

El pandillero se lo dio. A continuación, Taylor ordenó:

—Espera ahí hasta que te llame.

—Bien, jefe.

Sfiro aguardó cosa de media hora, al cabo de cuyo tiempo oyó la campanilla del teléfono. Lo agarró ansiosamente y pegó el oído al auricular.

—¿Jefe?

—Interrogad a la muchacha. Hay que sacarle cuanto sepa.

—Sí, jefe.

—Quiero resultados, ¿estamos?

Descuide. Los tendrá, jefe.

Acto seguido, Sfiro colgó el teléfono y abrió la puerta de la cabina. Bows y Fath le miraron con aire especulativo.

—Vamos —dijo lacónicamente el pandillero.

Sus dos compinches no hicieron la menor pregunta. Siguieron a Sfiro y salieron a la calle.

El sueño de Helen Barton se vio turbado por las insistentes llamados de alguien que parecía tener mucha prisa. Helen rezongó algo entre dientes contra quienes le interrumpían el romántico paseo que estaba dando en un florido parque, en compañía del apuesto Ned Erickson, y encendiendo la

luz, sacó las piernas fuera de la cama, metiendo los pies en unas chinelas. Se puso la bata y caminó con cierto aturdimiento hacia la puerta del apartamento, que abrió de inmediato.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, dos hombres saltaron hacia ella como tigres. Uno le tapó la boca con la mano, a la vez que la agarraba por el brazo. El otro le sujetó el otro brazo y la cintura. El tercero, en fin, cerró la puerta cuidadosamente, dedicándose a revisar minuciosamente él departamento.

Unos minutos después, Helen Barton estaba sólidamente atada a una silla, con la boca cubierta por un pañuelo. Sus ojos aparecían desorbitados, sin comprender nada de lo que la sucedía.

Fath volvió después de hacer un minucioso recorrido por el piso.

—Todo está cerrado —manifestó—. El apartamento, además, es a prueba de ruidos.

—Entonces, podemos empezar a hacer preguntas —dijo Sfiro siniestramente, quitando el pañuelo de la boca de la muchacha.

CAPÍTULO VI

Ned se levantó tarde aquel día. Había permanecido mucho rato husmeando en los archivos policiales, comparando parte de sus notas con los informes obtenidos de determinados legajos. Helen Barton era una chica muy simpática, y, al mismo tiempo, bastante ingenua, que le había proporcionado una valiosa información acerca de Lois Hamrin.

—Le mandaré un ramo de flores —dijo Cuando se disponía a salir a la calle. Se detuvo un instante—. O mejor, ¿por qué no se lo llevo yo mismo?

Así lo hizo, tomando un taxi para dirigirse a la perfumería. Mientras el vehículo rodaba por entre el denso tránsito de la ciudad, pensó en Henry Hamrin.

Henry Hamrin había muerto dos años atrás a manos de unos pandilleros cuando se resistió a entregarles un dinero que los otros le reclamaban pistola en mano. Los atracadores habían sido detenidos, pero de cuantos habían presenciado el Hecho, ninguno testificó la verdad a la hora de declarar ante el juzgado. Dos testigos habían muerto de modo inexplicable y los otros se habían sentido repentinamente amnésicos, de tal suerte que la acusación se había desleído en el mar de los contrataques de la defensa, con lo que los inculpados habían sido puestos en libertad.

—Y esto —calculó Ned— es lo que ha podido impulsar a Lois Hamrin a fundar esa sociedad secreta para enderezar las cosas torcidas de la ciudad —se estremeció de repente, recordando que el rostro de Lois le había resultado conocido al haberlo visto muchas veces en las portadas de las revistas sociales—. Una muchacha tan hermosa, ¿habrá sido capaz de colocar el nudo corredizo en el cuello de un canalla como Gabinno?

Sus pensamientos fueron interrumpidos de repente por la voz del taxista.

—Escuche, hermano —dijo el hombre de pronto—, esas flores, ¿son para una soltera o para una casada?

Ned respingó en el asiento ante la inesperada pregunta del conductor.

—Anoche, a las once, estaba soltera, que yo sepa. ¿Por qué lo dice?

—¡Hum! —El taxista torció el gesto—. Pensé que la chica sería casada y que quizá su marido le estuviera siguiendo, amigo.

—No le entiendo —se extrañó Ned.

—Lo digo por las flores, claro. No vuelva la cabeza, hermano. Desde que hemos arrancado, llevamos a la zaga un coche negro que nos está

pisando los talones. He pensado en un principio que podría ser una casualidad, pero no se dan casualidades como esa todos los días.

—¿Está seguro de que nos sigue?

—Apuesto un centavo contra el importe de la carrera —respondió el conductor enfáticamente.

Ned se quedó pensativo unos momentos. ¿Quién podría estar siguiéndole? ¿Acaso Lois Hamrin se había enterado de las pesquisas que estaba haciendo? ¿O se trataba simplemente de un exceso de celo del taxista?

Había un medio muy fácil, sin embargo, de saberlo.

—Escuche, amigo —ordenó—. Dé la vuelta por Atlantay siga hasta Coppermine. Al llegar aquí, doble a la izquierda y continúe hasta Grant. Luego vuelva a esta misma avenida, ¿comprende? De este modo podremos saber si es cierto que ese coche nos sigue. Ah, y péguese al acelerador cuanto pueda.

—De acuerdo, hermano —contestó el taxista, haciendo lo que le decían.

Ned no intentó volverse siquiera en el asiento, para no demostrar que sabía le seguían. Sacó un cigarrillo y lo encendió con perfecta indiferencia.

Un par de minutos después, el chofer dijo:

—Ese coche continúa ahí detrás, amigo.

—Muy bien. Ahora ya no me preocupa tanto. Haga lo que le dije y lléveme a la dirección que le indiqué al principio.

—Perfectamente.

Poco después, el taxi se detenía frente a la perfumería. Con el rabillo del ojo, Ned escrutó el coche negro, dándose cuenta de que este desfilaba a marcha muy lenta por delante del lugar en que se hallaba. El conductor no le miró siquiera, atento a la circulación; en cambio, le pareció ver en el asiento posterior dos individuos de aspecto nada recomendable.

Pagó la carrera y añadió un dólar de propina.

—Gracias por el favor, amigo —dijo.

—A usted —respondió el taxista. Le guiñó un ojo—: ¿Está seguro de que no es casada?

Ned le contestó con un guiño igual:

—Ha sembrado en mi corazón la más cruel duda, mal hombre —le increpó riendo, después de lo cual dio media vuelta y entró en la perfumería, dándose cuenta entonces de que no era Helen la que estaba tras el mostrador, sino un hombre.

Ned se quedó muy sorprendido al comprobar la ausencia de la joven. Sin poderse contener, preguntó por la muchacha.

—No lo sé —le contestó el hombre—. El dueño soy yo y vengo a abrir todos los días la tienda a las nueve de la mañana. Luego vengo hacia las doce y media y relevo a Helen hasta la una y media de la tarde, en que ella sigue hasta la hora del cierre, que me encargo de hacer yo en persona. Me

extraña que no haya venido, porque es muy puntual.

—Puede estar enferma —alegó Ned, también muy extrañado.

El dueño de la perfumería sacudió la cabeza.

—Lo sabría ya —respondió tajantemente—. Siempre que le ha ocurrido una cosa semejante, Helen no ha dejado de avisarme.

Ned asintió pensativamente. Dio las gracias y salió a la calle.

¿Por qué no había ido Helen a la tienda? ¿Le había ocurrido algo?

Meditó unos momentos. De pronto recordó el coche que le había estado siguiendo todo el rato y una pregunta casi instintiva acudió en el acto a su mente.

¿Le habían estado siguiendo también la noche anterior?

En tal caso, debían saber que había acompañado a Helen hasta su casa.

¿Qué le habían hecho a la muchacha?

Algo se le anudó repentinamente en el estómago. Un oscuro presentimiento se le enroscó en el corazón como una garra de hielo.

Sin pensárselo dos veces, alzó la mano y detuvo el primer taxi que pasó cerca de él. Le dio una dirección con voz que era casi un bramido.

—Olvide las señas de tráfico —aulló, a la vez que ponía su placa delante de los ojos del conductor.

El coche partió como un cohete. Un auto de patrulla se lanzó en su persecución, haciendo ulular la sirena. Ned se felicitó del incidente; de este modo tendría ayuda en caso necesario.

Los demás coches se apartaban al ver pasar a los otros dos como sendos meteoros. Poco a poco el patrullero dio alcance al taxi y entonces Ned sacó la insignia por la ventanilla, haciéndoles señas de que le siguieran.

El conductor del patrullero era hombre inteligente y comprendió que algo grave sucedía. Se dejó rebasar de nuevo, siguiendo al taxi que marcaba la ruta, sin dejar que la sirena callase un solo instante.

El taxi se detuvo al cabo en la dirección indicada. Ned arrojó un billete sobre el asiento delantero y saltó a la calle. Los dos ocupantes del coche patrulla se le enfrentaron.

—Soy el sargento Erickson —dijo, enseñando de nuevo la placa—. Síganme, tengo sospechas de que una persona ha sido atacada.

Los tres hombres se precipitaron en tromba al ascensor, que los llevó en pocos momentos al piso donde residía Helen Barton. Salieron fuera y corrieron hacia la puerta del apartamento de la muchacha.

Ned llamó varias veces sin obtener la menor respuesta. Al fin se decidió a hacer girar el pomo y abrir la puerta.

Entró en el apartamento seguido por los dos policías patrulleros. El recibidor estaba desierto, así como el comedor-living. Ned se detuvo en el centro de la estancia, completamente desconcertado.

—¡Helen! —llamó.

Nadie le contestó. Solo recibió un profundo silencio como respuesta a

sus apelaciones.

Había una puerta al otro lado. Ned contorneó la mesa y se dirigió hacia allí.

Abrió la puerta y todo su cuerpo sufrió un fuerte estremecimiento al contemplar el horrible cuadro.

—¡Dios mío! —murmuró.

—Pete —dijo a sus espaldas uno de los de la patrulla—, ve abajo y avisa inmediatamente a Homicidios.

Demasiado tarde se dio cuenta Ned de que todavía conservaba en las manos el ramo de flores con que pensaba obsequiar a Helen. El otro patrullero cubrió respetuosamente con una sábana el desnudo cuerpo de la muchacha, en el cual se veían claramente las horribles señales del suplicio a que había sido sometida.

Las flores, en efecto, sirvieron para Helen. Muerta, no viva.

CAPÍTULO VIII

Ned se sirvió una copa, cuyo contenido despachó de un solo trago.

—No me explico por qué la mataron —dijo—. Solo le estuve haciendo un poco la corte y, claro, extrayéndole algunas preguntas acerca de una persona que consideraba sospechosa. Pero ella no sabe, no podía saber en modo alguno nada que se refiera ni de lejos a “La Espada y la Balanza”.

El capitán Barry asintió pensativamente.

—Debieron creer que era una informante suya, sargento, y en consecuencia, la torturaron hasta arrancarle cuanto le había dicho a usted. Pero se les fue la mano y...

Una vena se hinchó repentinamente en la frente del joven.

—Juro que les haré pagar esta muerte —dijo—. Apenas tuve tiempo de conocer a Helen Barton, pero puedo afirmar que era una muchacha buena y discreta, cuyo único delito, a los ojos de esos canallas, fue haber aceptado una invitación mía. Cuando pienso en las salvajadas que cometieron con su cuerpo, la sangre me hierve y... bueno, cometería una barbaridad sin importarme nada en absoluto.

—Repórtese, sargento —dijo el Comisionado con grave acento—. Actuando de esa forma no conseguiremos nada positivo. Es preciso mantener la calma en todo momento.

—Lo siento, señor —respondió Ned, inspirando con fuerza—. Pero es que no he podido contenerme y... Bien, si no les importa, continuaré mis pesquisas en el punto donde las dejé.

—De acuerdo, sargento —aprobó Barry—. Nosotros nos encargaremos de los asesinos de Helen Barton.

Ned emitió una amarga risita.

—Estoy seguro de que los tendrá usted a no menos de veinte metros de mí en cualquier momento, capitán.

—¿Tiene usted alguna pista concreta, Erickson? —preguntó el Comisionado.

—En cierto modo, sí. Más o menos, fue la que me facilitó Helen Barton, ayudándome, claro está, del papel que se halló sobre el cuerpo de Gabinno.

—¿Quién es esa persona, sargento?

—Lois Hamrin —contestó el joven sin vacilar.

Lois Hamrin le recibió muy extrañada de que un oficial de la policía fuera a visitarla a su casa.

—Desde que asesinaron a mí hermano Henry no he tenido nada que ver con ustedes —expresó serenamente—. ¿Por qué viene a verme, sargento?

—Ayer estuvo usted en determinada perfumería, ¿lo recuerda?

—Sí —respondió ella sin vacilar—. Suelo ir con mucha frecuencia. Mis amistades dicen que no es demasiado elegante, pero tienen todo lo que necesito y eso me basta. Además, la dependienta es muy simpática y me atiende estupendamente. ¿Para qué cambiar de tienda, sargento?

—Efectivamente, señorita Hamrin —respondió Ned—. Sobre todo, si venden allí un perfume tan delicioso como el que usted usa.

Ella parpadeó, tratando de contener su extrañeza.

—No le entiendo, sargento —respondió.

Ned extrajo de su bolsillo el papel con el dibujo, colocando este boca abajo.

—Huela usted, señorita, por favor —dijo.

Ella aspiró el aire un par de veces. Luego levantó sus ojos hasta el rostro del joven.

—Sí, parece el mismo perfume que uso yo, sargento —contestó al cabo.

—Exacto. *Viento Cálido*, se titula —dijo Ned. Dio de repente la vuelta al papel—. ¿Sabe lo que significa este dibujo? —preguntó.

Mientras formulaba la interrogante, escrutó el rostro de la muchacha. Lois palideció intensamente.

Trató de componer el gesto.

—Parece el emblema de la justicia.

—Justamente, señorita Hamrin —manifestó el joven—. Es el emblema de la justicia. Una balanza y una espada. La balanza para pesar las acciones de los hombres. La espada para castigarlas si pecan contra la Ley. Falta la venda, pero esto resulta accesorio en el dibujo.

—Comprendo perfectamente lo que quiere decir —respondió ella—. Pero lo que no entiendo es por qué me enseña ese dibujo.

—Lo encontramos sobre el cuerpo de un notorio *gangster* llamado Don Gabinno —le espetó el joven—. Perdón, olvidé decirle que Gabinno fue ahorcado.

—Leí el caso en los periódicos —respondió ella sin inmutarse—. Ordinariamente, no me preocupo de nada de lo referente a sucesos, pero en esta ocasión me salí de mi costumbre.

—¿Por qué?

—Era inevitable leerlo en cualquier periódico que se cogiese —manifestó la muchacha—. Los titulares llamaban demasiado la atención. Pero, oiga, estábamos hablando del dibujo y del perfume.

—Así es, señorita Hamrin.

El rostro de la muchacha se coloreó vivamente.

—¡Cómo! —se indignó—. ¿Supone usted que yo tengo algo que ver con esa muerte?

—Los síntomas son inconfundibles, señorita.

—No soy yo la única en la ciudad que usa *Viento Cálido*, sargento —protestó Lois vivamente.

Ned adelantó la mandíbula con gesto agresivo.

—Pero es la única que compró ayer un frasco, a consecuencia de lo cual, la vendedora, Helen Barton, ha muerto salvajemente torturada por unos individuos sádicos y sin entrañas.

Lois retrocedió un par de pasos, llevándose una mano a la mejilla.

—Oh, Dios mío —exclamó, pálida como la cera—. Helen... muerta. Eso es imposible.

—No, no lo es —manifestó el joven enfáticamente—. Yo mismo la he visto esta mañana. Sus asesinos la torturaron horriblemente, cometiendo con ella tales tropelías que no se pueden repetir a los oídos de la gente, sin hacerla enfermar en el acto. Debiera venir a verla a la Morgue, señorita Hamrin; así sabría usted cuáles son las consecuencias que trae consigo el erigirse por sí misma en defensora de la justicia sin estar legalmente capacitada para ello.

—Pero yo... —Lois parecía tremendamente aturdida. Haciendo un enorme esfuerzo sobre sí misma, consiguió reponerse en parte—. No veo la relación que puede tener la muerte de Helen Barton conmigo.

—Se lo diré claramente, aunque demasiado lo sabe usted, pese a que trate de negarlo. He estado dos días enteros recorriendo la ciudad en busca de la vendedora de este perfume para, naturalmente, encontrar a la compradora. ¿Se acuerda usted del caballero que le abrió la puerta ayer por la tarde en la perfumería donde trabajaba Helen?

—Sí, claro —exclamó la muchacha—. Ahora le recuerdo, sargento.

—Lo celebro, señorita Hamrin. Bien, después de eso, estuve charlando con Helen Barton. Quedamos en salir juntos por la noche, cosa que hicimos, en efecto. Cenamos y a las once de la noche la dejé en su casa. Calculo que para entonces ya me seguían sus asesinos y que luego de separarnos, la interrogaron con el resultado ya conocido.

—No lo entiendo. Yo conocía a Helen, pero apenas si había hablado con ella de otros temas que los comunes en casos semejantes. Hablábamos un poco de modas, de perfumes... pagaba después mi compra y me marchaba.

—Yo estuve sonsacando a Helen acerca de usted. Pero lo hice por el método más suave. Sus asesinos emplearon el opuesto. Quisieron saber qué era lo que sabía acerca de usted y lo que me había contado a mí. Debí resistirse o, lo que es más seguro, ellos creyeron que no quería decir todo lo que sabía. El caso es que está muerta y usted tiene la culpa.

Lois se puso en pie de un salto. Hasta entonces había estado sentada.

—¡Me está difamando, sargento! —exclamó irritadísima. Tendió el brazo hacia la puerta—. Haga el favor de salir inmediatamente de mi casa

o llamaré a sus superiores.

Ned recogió el sombrero. Lentamente, se puso en pie.

—Puede llamarlos si quiere —contestó—. Pero no creo que la convenga demasiado que alguien con más fuerza que yo se la lleve a jefatura para interrogarla—. Hizo un gesto con la mano derecha—. Sí, ya sé que es persona prominente y muy considerada en la ciudad, pero cuando hay muertes de por medio, las consideraciones valen muy poco.

El seno de la muchacha palpitó con violencia.

—Salga de mi casa —dijo en voz baja y concentrada—. Repito que está difamándome. Yo no tengo nada que ver con esa misteriosa sociedad que...

—¿Y quién ha nombrado ahora sociedad alguna, señorita Hamrin? —la interrumpió Ned de pronto.

Lois se quedó cortada. Ned sonrió satisfecho.

—Bien —contestó ella al cabo—, los periódicos han hablado mucho estos días de dicha sociedad secreta, sargento.

—Eso creo —respondió él ambiguamente. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir, retrocedió unos cuantos pasos en sentido lateral, acercándose a una ventana, a través de la cual atisbó un instante.

Luego se volvió hacia la joven.

—Señorita Hamrin —dijo—, ¿podría utilizar su teléfono un momento?

—Hágalo —respondió ella secamente, señalando el aparato situado sobre una mesita.

Ned se acercó al teléfono y discó el número de la jefatura.

—Habla Erickson —dijo—. ¿Quién es? Ah, hola, Pat. Escucha, tengo que pedirte un favor. Envía un patrullero a la calle Evansville en dirección norte. Que venga con la sirena abierta... No, no ocurre nada; simplemente, quiero espantar unos moscones que me estorban. Eso es todo, gracias, Pat.

Y colgó.

Lois le miró inquisitivamente. Ned sacó cigarrillos y encendió uno.

—Tengo ahí afuera unos curiosos y no me interesa que me espíen, ¿comprende? La sirena les espantará y me dejarán el campo libre.

La muchacha asintió en silencio. Ned se fijó en ella, dándose cuenta de que cruzaba y descruzaba los dedos de las manos varias veces con gesto nervioso.

Unos minutos después se oía el alarido de la sirena policial. El coche donde viajaban los pandilleros huyó a todo gas.

Entonces, Ned recuperó el sombrero y sonrió ampliamente.

—Ahora tengo el campo libre —dijo—. Gracias por todo, señorita Hamrin. Buenas noches.

Ned salió de la casa, sabiendo que la muchacha le estaba espionando a través de los visillos de la ventana. No volvió la vista ni una sola vez y al divisar un taxi que se aproximaba, le ordenó pararse.

—Siga adelante y gire por la primera calle a mano derecha. Luego dé

una vuelta completa a la manzana, aprisa. Ya le indicaré dónde debe detenerse.

El taxista obedeció sin replicar. Un minuto después, Ned se hallaba a prudente distancia de la casa donde residía la muchacha, en dirección opuesta a la que él había seguido al salir. A petición suya, el taxista tenía el motor en marcha.

Sus presentimientos no tardaron en cumplirse. Diez minutos después, Lois salía de la casa conduciendo su coche deportivo.

—Sígala —ordenó el joven lacónicamente.

El taxista obedeció. Al cabo de un cuarto de hora, la muchacha detuvo el auto y se apeó, penetrando en un edificio de suntuoso aspecto, situado en el centro de la ciudad.

—Deténgase aquí, pero no se marche —dijo Ned.

Se apeó del taxi y caminó hasta el edificio. La luz era buena y pudo leer cómodamente los rótulos que indicaban las personas y empresas que residían en el mismo. Uno de ellos llamó poderosamente su atención. El rótulo, en metal dorado y letras negras en contrarrelieve, decía:

Clarabel Normand
ATTORNEY AT LAW

—Clarabel Normand, abogado —repitió el joven pensativamente. Volvió al taxi con paso tardo y se acomodó de nuevo en el asiento posterior—. ¿Para qué habrá ido a ver a la Normand?

Una brusca idea sacudió de pronto su imaginación.

—¿Será otro miembro del clan? —se preguntó.

Por el momento no podía hacer nada sino esperar. Fumó cuatro o cinco cigarrillos antes de ver salir de nuevo a la muchacha.

—Sígala —ordenó otra vez. Suspiró pensando en la cuenta de taxis que presentaría. Pero encontraba más cómodo no tener que depender de un coche y utilizar el primero que se le antojara en el momento que lo necesitara.

Detuvo el taxi a una distancia prudencial de la casa de la muchacha. Antes de apearse, miró cautelosamente en torno suyo, comprobando que no había sido seguido. Pagó la carrera y abandonó el vehículo.

Esperó un buen rato, sumido en las sombras de un portal cercano. Al cabo de una media hora, se decidió a acercarse de nuevo a la casa de Lois Hamrin.

La mansión estaba circundada por un jardín rodeado por una verja de hierro. Ned era hombre precavido y extrajo de su bolsillo un pequeño manojo de ganzúas, con el cual abrió la puerta de la verja.

Se introdujo en el jardín, agazapándose tras unas matas, a mitad de camino entre la casa y la verja. Esperó.

Pasó una hora sin que ocurriera nada. Ned empezó a pensar si sus presentimientos no eran equivocados, pero recordando a Helen Barton extrajo los ánimos suficientes para continuar la tediosa espera.

Otra hora transcurrió sin novedad alguna apreciable. El carillón de una iglesia lejana dio las campanadas de las doce, graves, sonoras, expandiendo sus vibrantes notas en un gran círculo.

La niebla comenzó a expandirse por la ciudad, difuminando los objetos. El verano no estaba muy lejos, pero todavía hacía algo de frío y, debiendo permanecer quieto, la sensación se acentuaba.

De pronto, el avezado oído del joven captó el lejano rumor de un coche que se acercaba suavemente. En pleno día, ni aun al lado del auto se habría oído el ruido del motor, pero en el silencio de la noche, el menor susurro se percibía a gran distancia.

Extrajo su revólver de reglamento, procurando ocultarlo de modo que pudiera utilizarlo en el acto y no le delatara por el brillo. Esperó.

Algo tintineó en la verja de entrada. Luego oyó un débil chirrido. La puerta de hierro se abría nuevamente.

La distancia era insuficiente para distinguir nada todavía. Pero pronto pudo oír el crujido de unos pasos sobre la gravilla del sendero central.

Tensó todos sus músculos disponiéndose a la acción. Si las cosas le salían como había pensado, pronto tendría en sus manos a los asesinos de Helen Barton.

Una sombra oscura apareció delante de él, a menos de diez pasos de distancia. Algo metálico brillaba en la mano del individuo.

Ned se puso en pie, alargando la mano armada. Al mismo tiempo abrió la boca para lanzar la intimación.

En aquel momento, algo chasqueó a sus espaldas.

CAPÍTULO IX

El pie de un hombre que se le acercaba por detrás acababa de quebrar una ramita caída entre el césped. El individuo maldijo entre dientes al advertir que le había fallado la sorpresa.

Ned también maldijo, sobre todo al darse cuenta de que los pandilleros habían obrado con mucha mayor astucia de lo que había esperado. Se volvió rapidísimamente, al mismo tiempo que se dejaba caer al suelo de espaldas.

Una lengua de fuego taladró las tinieblas, a la vez que un seco estampido conmovía la atmósfera. La bala se hincó en la blanda tierra, a escasos centímetros del cuerpo del joven.

Ned no vaciló viendo su vida en peligro. Al caer de espaldas tenía ya su revólver apartado. Levantó la mano y gatillo dos veces en rápida sucesión.

Sonó un gruñido. Algo pesado cayó al suelo con sordo ruido.

Inmediatamente, dio dos o tres vueltas en el suelo sobre sí mismo. Esta precaución le salvó la vida, porque apenas había disparado el segundo tiro, alguien, detrás de él, apretó el gatillo de una pistola varias veces. Las balas zumbaron ominosamente en torno suyo, levantando pequeños terrones de césped y haciéndolos volar por los aires.

Giró una vez más sobre sí mismo, quedando de bruces. La silueta del individuo destacaba un tanto confusamente contra el tono algo más claro de la calle, no muy lejana. Apretó el gatillo por tercera vez.

En aquel momento, algo estalló dentro de su cabeza con doloroso trueno. Perdió el conocimiento unos minutos, durante los cuales permaneció completamente ausente de cuanto le rodeaba.

Al recobrarlo se halló sentado en un cómodo sillón de cuero, en tanto que unas manos, evidentemente femeninas, se movían en torno a su frente. Abrió los ojos, pero sintió un ligero vértigo y se vio obligado a cerrarlos de nuevo con rapidez.

—Parece que ya recobra el sentido —dijo una voz de mujer.

—Ha tenido una suerte enorme. Un centímetro más a la izquierda y le hubieran volado la cabeza —contestó alguien, por cuya voz gruesa y profunda reconoció al capitán Barry.

Sonaron pasos de hombre. Alguien dijo:

—Capitán, el pandillero muerto se llamaba Ted Sfiro. Hay huellas de

sangre en el lado opuesto, lo cual significa que otro individuo fue herido por el sargento Erickson, aunque pudo escapar.

—Gracias, agente —contestó Barry—. Señorita Hamrin, ¿podría proporcionarme una copa de licor?

—No faltaría más, capitán —oyó Ned la voz sosegada de la muchacha. Un instante después, Ned oía de nuevo la voz de su jefe.

—Vamos, muchacho, trate de abrir la boca.

Ned accedió, abriendo también un poco los ojos. Bebió un buen sorbo de licor, cosa que le reanimó notablemente. Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse más erguido en el sillón.

La cabeza le dolía y zumbaba todavía bastante. Abrió los ojos del todo, buscando el foco correcto de su visión.

La adorable imagen de Lois, envuelta en una bata, apareció ante sus pupilas. Barry estaba a su lado.

—¿Y bien? —dijo el capitán—. ¿Qué tiene que decirnos, sargento?

—Poca cosa, señor. Vine a visitar a la señorita Hamrin y antes de salir me di cuenta de que me habían seguido los mismos, al parecer, que mataron a Helen Barton. Conque me aposté en el jardín y esperé. Si aquellos tipos sabían que yo había hablado con la señorita Hamrin, era lógico esperar a que volvieran más tarde para interrogarle a ella. Y volvieron, en efecto, pero actuaron muy astutamente, y uno de ellos estuvo a punto de liquidarme por detrás. Bueno, no me quedó otro remedio que defenderme como pude. Siento haber organizado esa ensalada de tiros, pero del modo que se plantearon las cosas, resultó inevitable.

—Está bien, no se haga reproches, sargento —dijo el capitán—. Lo importante por el momento es que la señorita Hamrin está sana y salva.

—Y muy agradecida a cuanto ha hecho el sargento por mí —manifestó la muchacha, mirándole de modo un tanto oscuro.

Ned captó el significado de aquella mirada, pero se abstuvo de hacer el menor comentario. Trató de ponerse en pie, consiguiéndolo después de algunas vacilaciones.

—Creo que aquí ya no hacemos nada, señor —dijo—. Gracias por sus atenciones, señorita.

—He dejado un par de hombres custodiando la casa —expresó el capitán—. No quiero que esos forajidos vuelvan.

—Una buena idea, señor —Ned se tocó la frente, hallando en el lugar de la herida un amplio trozo de cinta adhesiva. “Me están haciendo falta unas cuantas aspirinas”, pensó—. Me alegro de haberla visto de nuevo, señorita. Adiós.

—Gracias otra vez, sargento —contestó ella—. Buenas noches, capitán.

Los dos hombres salieron de la casa. Ned se dejó caer con un suspiro en el asiento trasero del coche policial. Esperaba una pregunta de su jefe, la cual no tardó mucho en llegar.

—¿Por qué no siguió a aquellos pandilleros cuando los espantó a golpes de sirena? —preguntó Barry furiosamente.

—Me interesaba mucho más controlar los pasos de Lois Hamrin, señor —relató lo que había hecho hasta el momento de salir la muchacha y luego añadió—: De este modo, podía tener una base para averiguar el nombre del segundo miembro de “La Espada y la Balanza”. Si sabemos que el muerto es Sfiro, es fácil deducir que los otros dos son Fath y Bows, es decir, los esbirros que trabajaban para el difunto Gabinno. Bueno, ya los encontraremos.

—Eso es cierto —concordó Barry reflexivamente—. Bien, ¿y cuál es el nombre de ese segundo miembro?

—Se sorprenderá usted cuando, lo sepa, señor —respondió el joven—. Clarabel Normand, la abogado.

Barry se sorprendió muchísimo, en efecto.

—¿Está seguro, sargento?

—Con un noventa y cinco por ciento de probabilidades de acertar. Es claro que en el mismo edificio viven otras muchas personas... pero, por lo que yo sé, la única que puede tener cierta relación con Lois Hamrin es la Normand.

—¿En qué se funda usted, Erickson?

—En que Clarabel Normand fue, con Lois, la única mujer asistente a la reunión cívica que se celebró la otra noche en casa de esta última. Me procuré los nombres de todos los concurrentes y el único que figura entre los de los inquilinos que viven en el mismo edificio, es el de la abogado. Puedo equivocarme, es cierto, pero apostaré un dólar contra la paga de seis meses a que Lois Hamrin fue a visitar a Clarabel Normand.

Barry se acarició el mentón pensativamente.

—Es cierto —murmuró—, tiene que ser así, a la fuerza. Claro si usted le dijo que sospechaba de ella como perteneciente a “La Espada y la Balanza”, tuvo que alarmarse, en vista de lo cual fue a comunicarle lo que sucedía a otro miembro de la misma sociedad a fin de tomar las medidas oportunas.

—Justamente, señor, así opino yo.

—Bien. Y ahora, ¿qué me dice usted de Sfiro y sus compinches? ¿Para quién demonios trabajan ahora, si al morir Gabinno se quedaron sin empleo?

Ned meditó unos instantes, mirando al techo del automóvil con un solo ojo.

—Veamos —murmuró—. Al morir Gabinno, es obvio que sus negocios han tenido que ser absorbidos por alguno de los otros pandilleros de la ciudad. Podemos considerar como sospechosos a “Mint” Rysher, Allan Degotty, Norman McNye y “Doc” Taylor, de modo que convendría que enviase usted a algunos detectives a hacer las pesquisas correspondientes.

Yo me voy a tomar todo un día de descanso hasta que se me establezca la cabeza.

—Es una buena idea —concordó el capitán—. Lo ordenaré mañana, apenas llegue a mi oficina.

Ned se sentía muy cansado y tenía la cabeza tremendamente aturdida. Era cierto que la bala disparada por el pandillero no había hecho sino rozarle la sien, pero los efectos del proyectil se dejaban notar todavía en el interior de su cráneo.

Un cuarto de hora más tarde, entraba en su apartamento, cuya puerta cerró cuidadosamente con llave. Desnudóse rápidamente, tomó un par de aspirinas para vencer el dolor y se metió en el lecho.

Un minuto después roncaba como un bendito. Durmió casi diez horas y aún hubiera dormido más, de no haber sido por una intempestiva llamada en la puerta del apartamento.

Echando mil pestes contra el importuno que de tal modo se atrevía a turbar su descanso, se puso en pie y caminó hacia el vestíbulo poco menos que a trompicones. Entonces vio una carta que había sido introducida sin duda por debajo de la puerta.

Se agachó, recogiendo la carta con bastante extrañeza. Miró el sobre, observando que no traía ninguna dirección.

—¿Se habrán equivocado? —murmuró para sí.

Presa de una invencible curiosidad, rasgó el sobre, extrayendo de su interior un papel doblado en dos, cuyo contenido leyó rápidamente. Al terminar, lanzó una maldición.

Cuando se hubo repuesto de la sorpresa recibida, volvió a leer el mensaje. Este era claro y contundente.

“Sargento Erickson, está usted obstaculizando nuestras actividades. Hay dos medios de apartarle a usted del camino que seguimos. El primero sería altamente beneficioso para usted. Le permitiría abandonar esa profesión que debe detestar seguramente, y vivir con mucha más comodidad. El segundo le impediría a usted vivir de ninguna manera.

“A usted solamente compete elegir cuál es el método que nosotros debemos adoptar en relación con sus actividades. Desde aquí podemos prometerle por anticipado nuestra generosidad económica. Si ha elegido el primer medio, póngase en contacto con nosotros a través de las columnas de anuncios personales del “Courier”. Una advertencia: no trate de tendernos ningún lazo. Nuestra réplica sería fulminante y despiadada”.

Al pie de la carta se veía el clásico dibujo de la espada y la balanza. Esto solo bastaba para identificar con toda claridad a los autores de la conminatoria misiva.

El pecho del joven hirvió de ira en los primeros momentos. “El capitán Barry tenía razón —se dijo—. Sus fines, en un principio, estaban alentados por el ideal de enmendar los fallos de la justicia y limpiar la ciudad de gente indeseable. Pero ahora que se ven amenazados, no dudan en atacar a los representantes de la Ley. De ahí a establecer un terrorismo indiscriminadamente dirigido contra culpables e inocentes, solo hay un paso”.

Meditó unos instantes, pensando si le convendría o no poner el anuncio que le solicitaban en el *Courier*. Al fin se decidió en sentido negativo. ¿Para qué molestarse en tender una posible trampa a aquellos individuos, si conocía a dos de ellos? Siguiendo inexorablemente los pasos de las dos mujeres, acabaría conociendo a los demás miembros de “La Espada y la Balanza”. Y una vez les hubiera desenmascarado, sus actividades cesarían en el acto.

Todo esto lo pensó mientras, de manera maquinal, se abanicaba con el papel, perdida la vista en la pared frontera y ausente de cuanto no fuera el problema que tanto le preocupaba en aquellos momentos.

De pronto, todo su cuerpo se puso rígido como una tabla. Suspendió el movimiento de su mano derecha y acercó el papel a la nariz, olisqueándolo durante unos instantes. Sus ojos adquirieron al momento una dureza diamantina.

El papel estaba impregnado del inconfundible *Viento Cálido* que usaba Lois Hamrin.

CAPÍTULO X

Veinte años atrás, Taylor había iniciado la carrera de Medicina, de la cual había estudiado solo los dos primeros cursos. De ahí se derivaba el apodo que la gente del hampa le había puesto, cuando se decidió a seguir otro camino más productivo, pero mucho menos honrado. Por eso mismo poseía algunos conocimientos médicos y pudo darse cuenta de que Bows había recibido un balazo bastante fastidioso.

El *gangster* estaba tendido sobre una tumbona y por su rostro, que aparecía completamente pálido, corrían gruesas gotas de sudor, originado por el sufrimiento que le causaba el proyectil. Tras él, Fath y un par de esbirros más, estos de toda confianza de Taylor, esperaban ansiosamente la decisión de su jefe.

Kapper entró de repente, atrayendo la atención de los circunstantes.

—Todo está listo, jefe —expresó.

Taylor sonrió al herido, dándole una suave palmadita en la rodilla.

—No te preocupes, muchacho —dijo—. Kapper te llevará ahora a un médico de toda mi confianza, que te pondrá bueno en un periquete. Vosotros, Jay, Logan, cargad con él y seguid a Kapper. Fath, si quieres, puedes acompañar a tu compañero para que no se sienta tan solo.

—Encantado, jefe —contestó el aludido.

Cuando ya salían de la estancia, Taylor dijo:

—¡Ah, Kapper! Salid por el sótano; así os haréis menos conspicuos, ¿estamos?

—De acuerdo, jefe.

Los cinco *gangsters* emprendieron el descenso, atravesando las cocinas del elegante local que regentaba Taylor y en el cual se atendía a toda clase de inconfesables vicios, sin contar los otros negocios nada honrados que proporcionaban a Taylor pingües ingresos. Una vez rebasada la cocina, pasaron a una escalera húmeda y penumbrosa, por la cual descendieron alrededor de seis u ocho metros, hasta llegar a un vasto sótano, en el cual se hallaban apiladas innumerables botellas de todas marcas.

En el centro del sótano había practicada una excavación de dos metros de largo, por otro tanto de profundidad y metro y medio de anchura. Al otro lado se veían varios sacos de cemento y los correspondientes elementos de albañilería.

Fath se detuvo en seco, comprendiendo la “clínica” a la cual conducían

a su compinche. La sangre se le heló en las venas al comprender el mortal lazo que tendían a Bows.

—¡Eso no...! —empezó a decir, pero antes de seguir adelante, algo duro se le clavó en los riñones.

—Calla, te conviene —sonó tras él la voz de Kapper, el segundo de Taylor, con un tono harto siniestro.

Fath era un tipo curtido en toda clase de peripecias, pero la escenografía del lugar, débilmente iluminado por una polvorienta lámpara de escasa potencia, le impresionó sobremanera. Casi ni se dio cuenta de que una mano le registraba la chaqueta, arrebatándole la pistola y dejándole así inerme.

Los otros dos pandilleros siguieron adelante con su carga, depositando el cuerpo de Bows en el suelo. Este se dio cuenta entonces de la horrible suerte que le aguardaba.

Tenía atravesados los pulmones y había perdido mucha sangre, pero a pesar de todo, pudo sentarse en el suelo, extendiendo ciegamente ambas manos.

—¡No! —chilló, con voz que retumbó bajo las bóvedas—. ¡Vosotros no podéis hacer eso conmigo! ¡Yo...!

¡Bang! ¡Bang!

Los dos disparos estallaron como sendos cañonazos en el interior del recinto. Un rojo orificio apareció al instante en el pómulo izquierdo de Bows. El segundo disparo le alcanzó de lleno en el pecho.

Kapper meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo. Y luego volvió la pistola contra Fath y, fríamente, a menos de dos pasos de distancia, abrasándole la cara con la llamarada del disparo, le voló la cabeza.

Kapper esperó a que se hiciera el silencio en el sótano. Luego, mientras recargaba la pistola con espantosa sangre fría, dijo:

—Ahí tenéis agua, cemento y paletas. El suelo de la bodega debe quedar como si nada hubiera sucedido, ¿estamos?

Dio media vuelta y subió de nuevo al despacho de su jefe, participándole lo que acababa de hacer. Taylor sonrió satisfecho.

—Bueno, no podíamos actuar de otra forma —dijo—. Esos tipos eran ya un peligro para nosotros, y por otra parte, nos han puesto en el buen camino —lanzó un suspiro—. ¡Pobres!

Acto seguido cogió el auricular y discó un número.

—¿Jefe? —preguntó cuando la comunicación se hubo establecido—. Todo listo. Esos tipos no hablarán más. Bueno, no se preocupe por ello... Deje el resto de mi cuenta... Está bien, yo lo haré así... Ya le llamaré mañana o pasado con lo que haya conseguido averiguar... Adiós, jefe.

Colgó y se frotó las manos con aire de viva satisfacción.

—Esto marcha —se dijo—; esto marcha.

CAPÍTULO XI

Ned Erickson tocó el timbre y aguardó a que le abrieran la puerta. Unos minutos después, una hermosa mujer aparecía ante sus ojos.

El joven se destocó galantemente.

—¿Señora Normand? —preguntó.

—Sí —contestó la abogada, mirándole inquisitivamente—. ¿A qué debo el honor...?

—Me llamo Edward Erickson y soy sargento de policía, señora Normand —contestó el joven, a la vez que enseñaba sus credenciales—. Si usted no tiene inconveniente, desearía formularle algunas preguntas.

Clarabel Normand se echó a un lado.

—Pase, sargento —dijo.

La mujer echó a andar, en tanto que Ned la seguía, recreándose la vista con el cadencioso balanceo de las opulentas caderas que le precedían. La dueña de la casa, decorada con evidente gusto y distinción, le condujo a un saloncito íntimo, donde le indicó un sillón, sentándose ella en otro sillón frontero.

—Usted dirá, sargento.

—Verá, señora Normand —expresó el joven, con ligero titubeo—. Estoy investigando unos casos criminales sucedidos en la ciudad últimamente y... Bueno, usted se preguntará acaso por qué he venido a verla, si usted no tiene relación aparentemente con dichos casos.

Clarabel juntó las manos sobre las rodillas y le miró con sosegada expresión.

—Adelante, sargento. Diga lo que tenga que decir, sin rodeo alguno. No olvide que soy abogada y estoy habituada a escuchar cosas muy fuertes de mis clientes —sonrió encantadoramente—. No contra mí, claro está, sino de lo que les pasa a ellos. ¿Y bien?

—Ayer por la noche recibió usted una visita, señora Normand.

La expresión de la mujer no varió.

—Sin duda se refiere usted a la señorita Hamrin.

—Exactamente, señora.

—Ello no tiene nada de particular, sargento. La señorita Hamrin y yo somos buenas amigas. Tenía ganas de charlar conmigo, eso es todo.

—¿Sobre qué tema?

—No creo que eso le importe mucho a usted, sargento —contestó la

hermosa viuda—. Hay ciertos temas femeninos que están vedados a los hombres.

—En el caso presente, tengo razones fundadas para suponer que no se trataba de un tema vedado a los hombres, señora Normand.

—Expóngame dichas razones, sargento —dijo ella fríamente.

—El tema, mejor dicho, señora —contestó Ned sonriendo—. Hablaron de una visita que acababa de hacerle yo a la señorita Hamrin y, también, estoy seguro de ello, acerca de cierta sociedad secreta que en los últimos tiempos ha proporcionado considerables beneficios a los propietarios de periódicos. Usted debe saber sin duda a qué me refiero.

El opulento seno de la viuda se agitó un tanto.

—Sí. Por mí profesión estoy obligada a leer los periódicos. Estoy enterada del caso.

—Entonces, puesto que lo sabe, la señorita Hamrin le diría que sospecho de ella como perteneciente a la mentada sociedad.

—Así es, sargento.

—¿De qué hablaron, entonces? —preguntó Ned, ya con voz incisiva.

—Le repito que nuestros comentarios carecieron de trascendencia, sargento. Es cierto que Lois se hallaba un tanto alterada por su visita, pero yo le recomendé calma. Sus sospechas caerán por su base, al carecer esta de fundamento sólido en qué apoyarse.

—Esto es cosa que se discutirá más adelante, señora —expresó Ned sin pestañear—. ¿No será usted otro de los miembros pertenecientes a dicha sociedad?

Ella sonrió levemente.

—Tengo entendido que la señorita Hamrin quiso expulsarle de su casa en forma un tanto airada. Es lógico, ella es más joven que yo y carece del control de nervios que proporciona a la larga una profesión como la mía. Por tanto, yo, en lugar de echarle, lo único que hago es rogarle que se vaya y me deje tranquila.

Ned la miró de frente durante unos segundos. “Esta mujer es peligrosa, terriblemente peligrosa. En todos los sentidos, y muy especialmente en el amoroso... cuando un día se decida a conquistar a un hombre”.

—Estoy esperando su marcha, sargento —repitió Clarabel. Y se puso en pie para indicar que daba por terminada la entrevista.

Ned se incorporó también. De pronto, su vista se fijó en el retrato de un hombre.

—¿Su esposo? —preguntó.

Una sombra de melancolía veló por unos instantes los hermosos ojos de Clarabel.

—No —dijo—. Mi prometido. Murió hace dos años.

El rostro del individuo le pareció a Ned vagamente conocido. No obstante, preguntó:

—Pero usted, según tengo entendido, es viuda.

—Ciertó, sargento —respondió Clarabel—. Quedé viuda a los veinticinco años. Cuatro después conocí a un hombre, del cual me enamoré sinceramente. Cuando, un año más tarde, nos disponíamos a contraer matrimonio, murió.

—Perdone —dijo Ned un tanto turbado. Se inclinó, recogiendo el sombrero—. Lamento haberla molestado, señora Normand.

—Oh, no se preocupe, sargento —sonrió ella—. Le acompañaré.

—Es usted muy amable, señora.

Estaban ya a punto de llegar a la puerta del apartamento cuando, de pronto, Ned se volvió hacia la abogada.

—Olvidé hacerle un par de preguntas, señora Normand —dijo—. Seré breve y conciso, para hacerla perder un mínimo de tiempo.

—Hable, la escucho.

—¿Usa usted un perfume denominado *Viento Cálido*?

Ella sacudió la cabeza.

—Conozco la marca, pero no me agrada demasiado. No, no lo uso. ¿Qué más, sargento?

—Según tengo entendido, usted posee un bufete muy próspero —Ned se había informado previamente antes de acudir a la entrevista—. Tiene usted dos mecanógrafas, un ayudante y dos pasantes, lo cual significa un trabajo abrumador en su oficina.

—Así es —concordó Clarabel.

—Entonces, quizá usted, al igual que otros letrados, posea un aparato que debe serle muy útil para ahorrar tiempo. Me refiero a una multicopista, señora Normand.

Ella negó tranquilamente, de modo casi inexpresivo.

—No, no tengo ninguna multicopista en mi oficina. Es cierto que en ocasiones me vendría muy bien un aparato como el citado, pero hasta ahora he podido solucionar mis problemas sin su ayuda. ¿Algo más, sargento?

Ned sonrió ampliamente.

—Gracias, señora. Ha sido usted muy amable y, sobre todo, paciente, al soportar mi interrogatorio. No me eche las culpas a mí, sino a la profesión.

—Sé discernir —contestó ella, sonriendo también—. Buenas noches, sargento Erickson.

Mientras descendía las escaleras, Ned pensó detenidamente en cuanto acababa de hablar con la hermosa viuda. Se fijó en un punto especialmente: ella no había mostrado la menor sorpresa al escuchar su pregunta acerca del perfume. Incluso lo conocía, pero no lo usaba. Lo lógico, estimaba, era que se hubiera sorprendido un tanto, pero había acogido la pregunta con tranquilidad, casi con indiferencia. Esto podía explicarse debido, quizá, a la conversación que había sostenido la noche

anterior con Lois Hamrin. La muchacha le habría relatado todo cuanto habían hablado y...

Recordó de pronto la fotografía del hombre que había sobre la repisa de la salita. La cara le era vagamente conocida. Pero, ¿dónde la había visto antes de aquel momento?

Reflexionó en la puerta de la calle, en tanto encendía un cigarrillo. Aquel hombre... había muerto dos años antes...

De pronto se estremeció. Una súbita idea acudió a su mente.

Sin detenerse a pensarlo dos veces, levantó la mano y detuvo un taxi.

—A la redacción del *Courier* —ordenó.

El coche le llevó al periódico en un tiempo mínimo. Pagó la carrera y penetró en el edificio, solicitando del conserje le llevara a presencia de Ryan, a quién conocía de antiguo.

—Me encuentra usted por casualidad, sargento —expresó el periodista, después de los primeros saludos—. ¿Qué le trae de bueno por esta covacha?

—Necesito comprobar unas sospechas, Ryan —contestó el joven—. Ando haciendo determinadas pesquisas y... Oiga, ¿me promete ser discreto?

Ryan sonrió benignamente, a la par qué alzaba la mano derecha.

—Vamos, suéltelo, sargento. Ya sabe que, como buen periodista, soy terriblemente curioso. Lo cual no me impide emplear la discreción con los amigos cuando estos me lo solicitan.

—Está bien, Ryan —dijo Ned—. Lléveme a los archivos. Quiero ver los periódicos de hace dos años, aproximadamente.

—Con mucho gusto, sargento. Sígame.

Los dos hombres echaron a andar a través de los intrincados vericuetos de las salas de redacción, teletipos, composición, maquinaria y demás, hasta llegar a un cuarto atestado de gruesos volúmenes encuadernados, en donde se guardaban los diarios archivados desde la fundación del periódico.

—¿Sabe la fecha, más o menos, sargento? —preguntó el periodista.

Ned se la indicó. Ryan escrutó unos momentos en un estante y acabó sacando un pesado volumen, que depositó sobre una mesa.

—Ahí lo tiene, amigo —dijo, sacudiéndose el polvo de las manos.

Ned abrió el pesado libraco y empezó a examinar los diarios, uno por uno y página por página. Unos minutos después, detuvo sus movimientos ante la fotografía de un hombre reproducida en la primera página del ejemplar correspondiente a aquel día.

Las dos fotografías, la que había visto en casa de Clarabel Normand y la que tenía ante sus ojos en aquellos momentos, eran idénticas. Resultaba evidente que la familia del hombre retratado había cedido un ejemplar a la Prensa para su publicación. En los titulares podía leerse que aquel

individuo, Henry Hamrin, había muerto asesinado por unos *gangsters*.

Ned cerró el libro con gesto harto preocupado. Aunque no demasiado, empezaba a comprender algunas cosas.

Súbitamente, un olor extraño asaltó su pituitaria. Miró a derecha e izquierda. ¿Quién usaba *Viento Cálido* en el periódico?

Trató de dominar la excitación que le producía el descubrimiento, que estimaba de mucha mayor importancia que el de saber que el hombre con quien la hermosa Clarabel Normand había estado a punto de casarse no era otro que el hermano de Lois. Haberse percatado de que el periodista utilizaba el perfume misterioso, le resultaba en aquellos momentos de extrema importancia.

“Claro —se dijo—, también en los periódicos, además de linotipias, suele haber multicopistas. ¿Y quién mejor que Ryan para reproducir los dibujos que han aparecido en los cuerpos de los *gangsters* asesinados?”

Procuró no demostrar en su rostro la preocupación que le embargaba. Sonrió:

—Gracias por todo, Ryan. Ha sido usted muy amable.

—No hay de qué, sargento. A su disposición siempre que quiera, ya lo sabe.

Ned abandonó el periódico, caminando normalmente unos cuantos metros, antes de esconderse en la protectora sombra de un portal. Esperó; quería seguir los pasos al periodista.

Ryan salió minutos después. Agitó la mano y llamó un taxi. Montó en él y el coche arrancó casi al instante.

Ned tomó otro taxi, haciéndole seguir al del periodista. Ryan detuvo su coche frente a una casa de lujoso aspecto, apeándose acto seguido...

El periodista se metió en el edificio sin titubear. Ned se acercó hasta la puerta. El nombre del dueño del edificio aparecía sobre el botón de llamada.

—De modo que Fullerton DeRoy es otro de los complicados en el asunto —murmuró—. ¿Quién lo pensaría de un tipo semejante?

Sacudió la cabeza, un tanto aturdido por el descubrimiento. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos, dio media vuelta y se encaminó a su domicilio. Había recibido determinadas órdenes, pero Fullerton De Roy era personaje demasiado importante para atreverse a interrogarlo sin consultar con sus superiores.

Entró en su apartamento. En aquel instante en que cruzaba el umbral, algo cayó sobre su cráneo con efectos devastadores.

Despertó mucho más tarde, sintiendo un horrible dolor de cabeza, mucho más pronunciado en la región directamente afectada por el golpe. Como pudo, se sentó en el suelo, sintiendo que la habitación entera giraba vertiginosamente en torno suyo.

Al cabo de unos momentos, pudo ponerse en pie. Se dirigió al cuarto de

baño, mojando una toalla en agua fría, que colocó durante unos momentos en la nuca. Mientras realizaba la operación, mantenía los ojos cerrados de modo instintivo, a la vez que se apoyaba en el borde del lavabo con la mano izquierda.

Abrió los ojos un minuto después, al sentir que las oleadas de dolor cedían un tanto. Entonces, a través del espejo, pudo advertir que el atacante le había dejado un papel prendido con un alfiler a la solapa de su chaqueta.

Arrancó el papel con mano nerviosa, olvidándose por el momento de todos sus dolores. Leyó lo que había escrito en el mismo.

“Estamos impacientes. ¿A qué aguarda para insertar su anuncio-respuesta en el periódico? Perdone el golpe, pero tómelo a la vez como una advertencia. La última, sargento Erickson”.

Arrugó el papel, haciéndolo una bola. La firma era la acostumbrada. Fue a lanzarlo a un lado, pero, de repente, detuvo el gesto, acercándolo a su nariz.

Naturalmente, el papel estaba impregnado del sutil perfume que conocía tan bien: *Viento Cálido*.

Asqueado, arrojó por el fin el papel. Luego se fue a la cama, tomándose una tableta de, sedante para poder conciliar el sueño con mayor rapidez.

Lo último que pensó antes de dormirse fue en que también los banqueros utilizaban multicopistas en sus oficinas.

CAPÍTULO XII

—Caballeros —dijo el presidente— como se ve, las cosas parece han evolucionado notablemente en los últimos días. He realizado ya mi exposición de hechos y ahora es conveniente que tomemos una decisión acerca de lo que vamos a hacer a partir de este momento.

Uno de los enmascarados se puso en pie con gesto rápido.

—Seguir adelante, no faltaría más —exclamó con vehemencia.

—Un momento —dijo otro—. Como ha dicho nuestro presidente, las cosas se están torciendo un tanto para nosotros. Hay un sargento de la policía que ha conseguido realizar notables progresos en las investigaciones que le han sido confiadas y que, de seguir por el camino que lleva, le conducirán a un triunfo total. Es preciso meditar, pues, muy bien lo que vamos a hacer, antes de ponerlo en práctica.

—¿Por qué no apartar a ese sargento de la circulación? —sugirió otro enmascarado.

—¿De qué forma? —interrogó alguien.

—Bien, hay muchas. Una de ellas es ofreciéndole dinero.

—No querrá. Erickson es honrado.

—Entonces...

—Un momento, caballeros —dijo un enmascarado—. Hemos discutido siempre el castigo de los *gangsters* y demás gentuza que, por medio de artimañas legales, escapaban de la acción de la justicia. Pero no podemos decidirnos ahora a suprimir a una persona decente, solo porque esta haya recibido determinadas órdenes. Somos justicieros, no asesinos.

—Pero si Erickson rechaza el dinero...

—No nos quedará otro remedio que obrar con más circunspección. O abandonar nuestra obra.

El presidente sacudió la cabeza.

—No podemos hacerlo, caballeros —manifestó—. Nuestra sociedad es la única cortapisa que existe hoy día en la ciudad para evitar los actos deshonestos y criminosos de los pandilleros. Si la disolvemos, los *gangsters* se adueñarán de Rapids City y el crimen reinará sobre nosotros.

—Y si seguimos adelante, el sargento Erickson acabará por descubrirnos ineludiblemente —dijo otro enmascarado—. Claro que le será difícil probar nuestras actuaciones, pero nos obligará a cesar en ellas. ¿Qué hacemos?

Un profundo silencio siguió a las palabras del último enmascarado. De pronto, uno de los concurrentes se puso en pie.

—No nos queda otra solución que actuar con rapidez —metió mano en el bolsillo interior de su hopalanda y extrajo un documento—. Esta tarde, dos pandilleros han propinado a un tendero una bárbara paliza, porque el hombre se negó a pagar el tributo que le había sido impuesto caprichosamente por un rufián llamado “Mint” Rysher, jefe de aquellos dos. El comerciante está agonizando en el Hospital Medman. Los médicos le dan virtualmente por muerto. ¿Vamos a dejar que siga impune el crimen?

—Dimos un aviso a Taylor —murmuró otro de los concurrentes—. Han pasado ya cuatro días y ese individuo continúa en la ciudad.

—El asunto Taylor puede diferirse unos días más —sugirió un enmascarado—. Dentro de lo que cabe, es el más decente de todos los pandilleros que infestan la ciudad.

—La venta de drogas y otras cosas que no se pueden nombrar aquí, no tienen nada de decente —protestó alguien enérgicamente—. Por otra parte, se sabe de Taylor que ha cometido más de un crimen. Bueno, lo ha ordenado así a sus hombres, que para el caso da igual.

—Cometimos un error avisándole —se quejó un enmascarado—. Con Gabinno no actuamos así.

—Decidamos de una vez. ¿Taylor o “Mint” Rysher? —preguntó uno.

—Rysher.

—Rysher —fue la exclamación casi unánime.

—¿Votamos con bolas?

—Es ya más que suficiente con lo que acabamos de acordar —dijo el presidente—. Solo nos queda ahora acordar el modo de actuar.

La discusión duró casi media hora, hasta que se hubo llegado a un completo acuerdo en el plan que se iba a efectuar contra Rysher. Después, uno de los concurrentes volvió a un tema que se había tocado al principio de la reunión.

—¿Y el sargento Erickson?

Hubo una breve pausa. Luego, alguien dijo:

—Dinero no aceptará, esto parece casi seguro. Y no podemos atentar contra él. Antes que cometer el menor gesto ofensivo contra una persona decente, sería capaz de denunciarme a mí mismo.

—Pero es que tampoco podemos permitir que siga actuando —objetó otro enmascarado.

—Hay una solución —exclamó uno—. Precaria, pero, solución al fin y al cabo. Calculo que podría darnos tres o cuatro semanas de respiro. Luego...

—Explíquese, se lo ruego —pidió el presidente.

El enmascarado expuso su plan.

—Podría hacerse, en efecto. Eso es incruento y no le causaríamos ningún perjuicio. Pero, ¿quién se encargaría de llevar a cabo la misión?

Una mano se levantó bruscamente.

—Yo —dijo el dueño de la mano.

—¿Cuánto tiempo le llevará la realización del plan?

El enmascarado meditó unos segundos.

—Dos días, no más calculo.

—Muy bien. Avise en la forma acostumbrada cuando lo haya llevado a cabo. Esto, naturalmente, no le excluirá de la actuación contra Rysher. ¿Alguna objeción?

Nadie contestó a las palabras del presidente y la reunión se disolvió momentos después.

Al quedar vacía la sala, un extraño perfume quedó flotando en el ambiente. De haberse hallado Erickson en aquel lugar, lo habría reconocido al instante.

CAPÍTULO XIII

Ned Erickson terminó de desayunar y recogió los cacharros en el fregadero. La mujer que le limpiaba el apartamento se los lavaría más tarde. Ahora no podía entretenerse en tales minucias; tenía trabajo.

Salió de la cocina y se enfrentó con Lois Hamrin.

El joven respingó. La presencia de la muchacha le cogía completamente por sorpresa.

—Hola —sonrió ella encantadoramente.

Estaba muy atractiva con un conjunto sastre, gris azulado, que le sentaba admirablemente y que cuadraba muy bien con sus abundosos cabellos castaños, en los cuales brillaba de vez en cuando una chispita dorada. Guantes negros, zapatos del mismo color y un gran bolso de valiosa piel, completaban el sencillo pero costoso atavío de la muchacha.

—Hola —dijo él, cuando se hubo repuesto—. ¿Qué le trae por mí casa?

—Estaba un poco aburrida y pensé que quizá usted me ayudaría a combatir el aburrimiento.

Ned enarcó las cejas. Tenía trabajo, ciertamente, pero, ¿no era también trabajo el acompañar a la muchacha?

—Me siento honradísimo de que haya pensado en mí, señorita Hamrin. ¿Qué he de hacer para disipar el hastío que la invade?

—Abajo tengo el coche. ¿No le parece más conveniente que lo discutamos mientras damos un paseo?

Ned tomó el sombrero y abrió la puerta.

—Siempre al servicio de las damas —sonrió ampliamente.

Lois demostró ser una magnífica conductora. Pulso firme y nervios serenos, manejaba el coche un “Alfa-Romeo” deportivo con suma habilidad. Ned se estremeció al pensar en el coste del vehículo. “Dos años de mi paga”, pensó, mientras la muchacha guiaba el automóvil a través del denso tránsito de la ciudad.

Un cuarto de hora después, habían salido ya de Rapids City y se dirigían a través de una carretera secundaria hacia las montañas. Al hallarse en terreno más despejado, Lois pudo hundir el acelerador a fondo y la aguja alcanzó bien pronto las noventa millas. El viento ululaba en torno a ellos, desplazado con gran violencia por la rapidísima marcha del coche.

La aguja alcanzó la cifra cien. Repantigado en su asiento, Ned dejaba

hacer a la muchacha, en tanto que la admiraba íntimamente. Pero al mismo tiempo rogaba porque no se le ocurriese llegar a las ciento veinte o ciento treinta millas a la hora. “Con cien ya es más que suficiente”, se dijo.

Al cabo de unos momentos, Lois se vio obligada a moderar la marcha del vehículo. La carretera hacía cada vez más curvas a medida que ganaba altura y era preciso conducir con más cautela. Pronto bajó la aguja a las Cincuenta millas, con gran alivio por parte del joven.

De pronto, una gran explanada apareció ante sus ojos. Había allí un parador, con postes de gasolina y servicios similares. Lois detuvo el coche frente a la entrada con gran petardeo de cilindros y luego cortó el gas.

Le miró con simpatía no disimulada.

—¿Me invita a una copa, sargento? —dijo.

—Usted, sí. Yo, no.

Ella sonrió burlonamente.

—¿El servicio?

—No, el estómago.

Los dos rieron de pronto. Ned saltó del coche y dando la vuelta, alargó la mano, ayudando a la muchacha a hacer lo propio. Ella no se resistió cuando la mano del sargento se cerró en torno a su brazo.

Se sentaron a una mesa. Ned pidió unos combinados y luego sacó cigarrillos.

Fumaron. Cuando les hubieron servido las bebidas, ella levantó su copa.

—Por el héroe que me salvó de un grave riesgo —dijo.

—Gracias. Yo brindo por la muchacha más hermosa con que me he topado en todos los días de mi vida.

—Adulador —dijo ella, mirándole por encima, del borde del vaso.

Durante unos momentos, rieron y charlaron de temas intrascendentes. Luego, poco a poco, la conversación vino a recaer sobre uno que les interesaba a ambos particularmente.

—¿Puedo preguntarle cómo siguen sus investigaciones, sargento?

Ned sacudió la cabeza.

—He logrado algunos avances, pero no estoy satisfecho del todo de mí mismo. ¿Sabe? He encontrado una persona más que usa el mismo perfume que usted, señorita Hamrin.

—¿Quién es? —preguntó ella, muy asombrada.

—Permítame que me reserve por el momento su identidad. Lo único que puedo decirle es que se trata de un hombre. Y eso es lo que más me extraña, la verdad.

Ella se sorprendió bastante.

—¡Cómo! ¡Un hombre usa ese perfume!

—Así es, señorita Hamrin. No lo acabo de comprender, la verdad.

Lois jugueteó unos momentos con el vaso.

—Hasta ahora, que yo sepa, solo lo venden en la perfumería donde trabajaba la pobre Helen Barton. ¿Se le ha ocurrido preguntar allí, sargento?

—Todavía no he tenido tiempo. Pero ya iré, no se preocupe. En realidad, iba a hacerlo cuando usted vino a verme.

—Oh, cuánto lo siento. Le he distraído de su trabajo.

Ned sonrió.

—No se preocupe, señorita —respondió—. ¿Cree que estar con usted no es un trabajo mil veces más agradable?

Lois le miró intencionadamente.

—Le tengo calado, sargento —manifestó—. Usted ha accedido a venir conmigo porque sigue sospechando de mí, ¿no es cierto?

—Sería un mentiroso si lo negara —Ned apoyó los codos sobre la mesa, juntando ambas manos al mismo tiempo—. Sí, de no haber venido usted, yo hubiera ido a visitarla hoy o quizá mañana.

—Por lo visto, tiene algo que preguntarme.

—En efecto —contestó él—. ¿Sabe que estuve visitando a la señora Normand?

—¿Para qué?

—Después de nuestra primera entrevista, usted salió de su casa, dirigiéndose a la de la señora Normand. Estuvo allí un buen rato. Supongo que hablaron de cierto tema que nos apasiona a todos demasiado estos días.

—Su suposición es un tanto incierta, aunque algo tiene que ver con dicho tema. Ella es abogado, recuérdelo.

—Y usted fue a pedirle consejo.

—Exactamente.

—Pero, además, fue por otra cosa.

—Explíquese, sargento.

Ned aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Vi un retrato en casa de la señora Normand. La cara del hombre retratado me pareció conocida.

El esbelto seno de la muchacha se agitó perceptiblemente unos momentos, en tanto que su rostro palideció ligeramente.

—Siga —murmuró con voz ronca.

—Hice las oportunas investigaciones y llegué a la conclusión de que se trataba de su difunto hermano, señorita Hamrin.

Lois inclinó la cabeza.

—Es cierto —murmuró sordamente—. Clarabel y Henry iban a casarse cuando... cuando...

—No siga, por favor —dijo Ned. Esperó unos momentos a que se calmara el dolor de la muchacha—. Entonces, fue cuando ustedes dos decidieron perseguir a los *gangsters*, a todos los *gangsters*, ¿no es así?

—¿Se equivoca! —exclamó Lois con ojos muy brillantes y la respiración entrecortada.

—El perfume es inconfundible, señorita Hamrin —expresó Ned enfáticamente.

—No soy yo la única que lo usa; usted mismo acaba de decirlo.

—Pero todos los indicios coinciden en acusarla a usted —insistió él—. Además, de otro modo, ¿por qué los *gangsters* irían a matarla, de no considerarla como un estorbo para sus siniestros planes? O bien, como hicieron con la infeliz Helen Barton, para interrogarla acerca de lo que había hablado conmigo.

Lois se llevó de pronto la mano a la boca.

—¡Dios mío! —exclamó—. Sería horrible que... —y se interrumpió de pronto.

—¿Qué es lo que sería horrible? —preguntó él—. ¿Qué los asesinos de Helen Barton conocieran la identidad de los miembros de “La Espada y la Balanza”?

En efecto, sería espantoso para estos, porque de este modo podrían ser asesinados impunemente. ¿No era eso lo que usted quería decir, señorita Hamrin?

Lois estaba muy pálida.

—No, no es eso... —murmuró, pero su acento carecía de convicción.

—No quiero coaccionarla, señorita —dijo Ned—, aunque bien sabe Dios que ganas no me faltan. Pero estimo mejor que sea usted misma la que me diga un día, voluntariamente, todo lo que deseo saber. ¿Hoy, mañana? Lo dejo a su elección. Y usted acabará por comprender que colaborar conmigo es lo mejor que puede hacer en estos momentos.

Ella abrió el bolso y sacó una costosa pitillera de platino y brillantes. Con mano nerviosa, se puso un cigarrillo en la boca.

Ned le dio fuego. Lois aspiró el humo un par de veces, rápidamente, como si quisiera aquietar con el tabaco sus nervios sobreexcitados.

—Aparentemente, los fines de esa sociedad secreta no pueden ser más encomiables —siguió él calmamente—. Limpian la ciudad de elementos indeseables y hacen justicia en aquellos que, por medio de trucos o ardides de mala fe, eluden la acción de la Ley. Pero, ¿qué puede suceder cuando ya no tengan pandilleros a quienes eliminar? El gusto por la acción y la aventura sobrevive, y muchos de ellos no se darán por contentos volviendo a la vida anodina y tranquila de todos los días. Entonces, empezarán sus asaltos y depredaciones contra honrados ciudadanos... y esto es precisamente lo que se trata de evitar. Deje que sean los hombres nombrados legalmente para ello quienes se encarguen de castigar a los bandidos y asesinos. Tarde o temprano, acaban por caer en manos de la policía y entonces reciben el castigo a que se han hecho acreedores.

Ned hizo una pausa. Encendió un cigarrillo, mientras ella le

contemplaba en absoluto silencio.

—Le pondré un ejemplo sumamente gráfico para que comprenda lo que quiero decirle. En nuestra guerra civil, había patrullas de guerrilleros que merodeaban tras las líneas enemigas. Ambos bandos recurrían a tales extremos, de modo que no debe culparse a ninguno o, en todo caso a los dos. Bien, esas partidas tenían como misión atacar y perturbar las comunicaciones enemigas, volar puentes, cortar líneas telegráficas, incendiar cuarteles y almacenes, etc. Naturalmente, tenían que vivir sobre el terreno, lo cual significa que la comida y cuanto necesitaban debían proporcionársela como pudieran, es decir, cometiendo lo que en tiempo de paz se consideraba un robo. Cuando terminó la guerra, la mayoría de esos guerrilleros volvieron a sus hogares. Otros, no. Se convirtieron en bandidos y proscritos, que continuaban haciendo en la paz lo que habían hecho en la guerra, pero con la diferencia de que en lugar de atacar a soldados enemigos, lo hacían a pacíficos ciudadanos. Jesse James, el famoso saltador de trenes, es un claro ejemplo de lo que le estoy diciendo. Y si las cosas siguen así, algunos de los miembros de “La Espada y la Balanza”, acabarán convirtiéndose en lo que ellos mismos tratan de evitar ahora... si es que ya no lo son.

Lois inclinó la cabeza.

—Tiene usted razón —murmuró.

Ned expulsó el humo.

—Por tanto, si sabe algo, le conmino a que me lo diga. Cumpla con su deber de buena ciudadana; no se limite tan solo a pasar por la vida lo mejor posible... aunque —agregó para dulcificar sus últimas palabras— demasiado sé que usted no es de las que se dedican solamente a disfrutar de su riqueza. Pero ser buen ciudadano no consiste solamente en atender a obras benéficas y aliviar el dolor de los demás siempre que se puede o se conoce. Hay otras muchas cosas que puede hacer una persona consciente de sus obligaciones para con la sociedad... y decir a la policía cuanto sabe en relación con una cuadrilla misteriosa es una de dichas obligaciones.

Lois aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Sonrió débilmente.

—Es usted un magnífico orador, sargento —dijo.

—He tratado de ser sincero, eso es todo, señorita Hamrin —sonrió él también—. Pero no debo ser buen orador cuando no la he convencido para que me diga lo que tanto me interesa conocer.

—Bien —exclamó la muchacha, que parecía haberse recuperado un tanto—, usted dijo que también mañana podía hablar. ¿Por qué no me concede un pequeño plazo para pensármelo?

—No tengo el menor inconveniente en ello. Repito que no quiero forzar sus decisiones. Es usted quien ha de adoptarlas de modo libre y sin coacción de ninguna clase. Únicamente le pido que medite en cuanto acabo de expresar con la que usted califica de brillante oratoria y que no

es otra cosa que sinceridad.

Ella sonrió comprensivamente.

—Le prometo pensar mucho en lo que me ha dicho, sargento. Realmente, toda la razón está de su parte, aunque... Bien, ¿por qué no cambiamos de tema durante unos momentos?

—Encantado —respondió Ned, deplorando en su interior la resistencia de la muchacha a hablar.

Media hora más tarde, Lois sugirió que era hora de volver a la ciudad. Ned se puso en pie y dejó unos billetes sobre la mesa.

Salieron fuera del parador. No había mucha concurrencia en aquellos momentos y, salvo el “Alfa-Romeo” de la muchacha, apenas se veían un par de coches más.

Se acercaron al auto. En aquel momento se oyó el bramido de un motor.

Ned volvió la vista instintivamente. Un coche negro arrancaba en aquellos momentos, encaminándose casi directamente hacia ellos.

Un súbito presentimiento nació repente en su ánimo. El coche negro...

Obró de modo instintivo, casi sin pensar en lo que hacía. Agarró a la muchacha por el talle y se tiró al suelo, guareciéndose tras la protección del “Alfa-Romeo”.

El coche negro pasó rugiendo atronadoramente a corta distancia del de Lois. Por encima del motor se oyeron numerosos estampidos que se parecían singularmente al petardeo de una moto con el escape abierto.

CAPÍTULO XIV

Ned trató de cubrir a la muchacha con el cuerpo, en tanto que percibía en torno suyo el mortífero repiqueteo de los proyectiles enemigos disparados desde el coche negro. Este se alejó velozmente, desapareciendo como un meteoro en la curva más próxima de la carretera.

Al cabo de unos momentos, Ned se arriesgó a levantar la cabeza. Comprobó que el peligro había pasado ya y se puso en pie de un salto.

Alargó la mano, ayudando a Lois a incorporarse igualmente. El dueño, los camareros y algunos clientes del parador, salían en aquellos momentos, vivazmente alarmados por el tiroteo.

—No ha sido nada, caballeros —dijo Ned, sacudiéndose el polvo que se le había adherido al traje—. Cálmense, por favor; todo ha pasado ya. Vuelvan adentro; ya no hay motivos para alarmarse.

Los curiosos obedecieron, comentando excitadamente entre ellos las incidencias del suceso. Ned se volvió entonces hacia la muchacha, hallándola muy pálida, aunque dueña de sí en todo momento.

—¡Dios mío! —exclamó Lois—. ¿Qué ha sido eso, sargento?

El semblante del joven se contrajo.

—Me gustaría no equivocarme, señorita Hamrin —manifestó—, pero mucho me temo que la hipótesis que formulé anteriormente está a punto de cobrar realidad.

La mano de la muchacha se crispó repentinamente sobre el brazo de Ned.

—¿Está seguro de lo que dice, sargento? Sería horrible que...

—Lo mismo dijo usted antes, ¿recuerda? No, no estoy seguro, pero no tendría nada de particular que alguien se sintiese molesto por mis pesquisas y quisiera borrarle del censo. Vámonos —decidió de pronto—; regresemos a la ciudad. ¿Le molesta que conduzca yo?

Ella movió la cabeza. Trató de sonreír.

—En realidad, casi iba a pedírselo —Le entregó las llaves—. Lo siento; mis nervios no están en este momento lo suficientemente serenos como para manejar el automóvil.

Ned asintió con la cabeza. Ayudó a Lois a sentarse en el coche y luego se situó tras el volante. Introdujo la llave de contacto en la ranura correspondiente y probó el motor.

—Menos mal que funciona —dijo—. Temí que esos forajidos nos lo

hubieran averiado.

El motor del “Alfa-Romeo” respondió magníficamente. Ned arrancó, conduciendo con sumo cuidado. No tenía el menor interés en hacer una demostración de sus habilidades como conductor, sino, antes al contrario, quería llegar vivo a la ciudad.

Al cabo de unos minutos, Lois dijo:

—Sargento, me gustaría volver a verle mañana. Es decir, si sus ocupaciones se lo permiten.

—Por supuesto —respondió él—. Y si no, enviaré mis ocupaciones a paseo. De todas formas, llámeme antes por teléfono. Puesto que fue lo suficientemente lista para averiguar mi domicilio...

—Me lo dijo el Comisionado Bruckner. Fue muy amigo de mi padre y me aprecia bastante. Le dije que quería agradecerle personalmente lo que había hecho usted por mí la otra noche. Aunque nunca supuse que mi agradecimiento se convertiría hoy en doble. No me había dado cuenta del automóvil que nos tiroteó; de no haber sido por usted, ahora estaría muerta.

—Bah, olvídalo —exclamó Ned con tono chancero—. Ya ha pasado y ahora carece de importancia.

Ella se volvió de lado en el asiento, mirándole fijamente.

—Ned —dijo—, me gustaría hacer algo para demostrarle mi agradecimiento con más que con simples palabras. ¿Qué me sugiere usted?

—Solo una cosa, señorita Hamrin. Ya sabe cuál, ¿no?

Lois se mordió los labios.

—Sí —murmuró sordamente—. Pero, por ahora, no puede ser —se colocó normalmente en el asiento y echó la cabeza hacia atrás—. Excúseme, se lo ruego.

Ned no contestó. Continuó conduciendo correctamente, sin hacer el menor comentario, atento a los incidentes de la carretera.

Súbitamente, al doblar la curva, divisó un auto parado a la derecha del camino. Un hombre y una mujer estaban parados junto al vehículo. El primero se había arrodillado y examinaba la rueda izquierda trasera con mucha atención.

La mujer levantó el brazo, agitándolo varias veces para llamar la atención de los ocupantes del “Alfa-Romeo” rojo. Ned aplicó suavemente el freno y el coche se detuvo.

—Por favor —dijo la mujer, acercándose al coche—. Nuestro auto se averió y... ¡Manos arriba! —exclamó de repente, enarbolando un enorme revólver—. No se muevan o acribillaré a balazos a la señorita.

El hombre se incorporó de un salto y corrió hacia el auto, blandiendo una pistola automática de pavoroso aspecto. Se situó al otro lado, de tal modo que ambos jóvenes quedaron entre dos fuegos e imposibilitados, por tanto, para hacer el menor movimiento defensivo.

Ned maldijo su imprevisión al haberse dejado atrapar en una trampa semejante. Pero era ya tarde para intentar nada contra dos armas de grueso calibre y, además, estaba la muchacha, cuya vida no quería arriesgar en modo alguno.

Observó detenidamente a sus asaltantes. Ambos usaban máscaras de goma para ocultar sus facciones. La mujer no lo era; su mano tenía demasiado vello en el dorso, demasiado, incluso, para un varón. La peluca formaba cuerpo con la máscara de goma y los postizos del seno estaban hechos de una manera muy burda. Era evidente que no se hallaba acostumbrado a los tacones altos, porque le costaba bastante mantener el equilibrio.

Salvo el velludo dorso de la mano del que fingía ser una mujer, Ned no pudo captar otro detalle fisonómico o indumentario que más adelante pudiera servirle para identificar a la pareja. Tampoco dispuso, por otra parte, de tiempo en abundancia para hacer un examen más minucioso de sus asaltantes.

El hombre movió la pistola.

—Salga afuera, sargento —dijo, con voz, evidentemente disfrazada.

Lois quiso decir algo, pero Ned la contuvo, oprimiéndole el brazo con gesto afectuoso.

—No se mueva —dijo—. Esto no va con usted, sino conmigo.

—En efecto —gruñó el desconocido—. Solo le queremos a usted, sargento. Si se porta bien, no le ocurrirá ningún daño a la señorita Hamrin.

Ned se apeó del coche. Entonces, el desconocido le ordenó:

—Vuélvase de espaldas. Y no intente nada; recuerde que hay un revólver directamente encarado a la cabeza de la señorita Hamrin.

—Sí —suspiró Ned, conteniendo difícilmente la rabia que le asaltaba.

Una mano nerviosa le despojó de su revólver de reglamento. Luego recibió otra orden.

—Camine hacia el coche. Y tenga mucho cuidado con lo que hace.

Ned obedeció. Llegó hasta el otro automóvil y se detuvo ante el mismo.

—Abra la portezuela.

El joven hizo lo que le decían. En aquel momento, algo duro y contundente cayó sobre su cráneo.

Olvidándose de la amenaza del revólver, Lois lanzó un grito al ver derrumbarse al joven como una masa inerte, con medio cuerpo dentro del otro automóvil. Pero el individuo que la encañonaba la obligó a sentarse de nuevo.

—¡Listo! —gritó el primero.

El hombre disfrazado retrocedió un par de pasos, apuntando siempre a la muchacha.

—No se mueva, señorita —dijo, mirándola con ojos llameantes. Caminó hasta quedar situado frente al motor del “Alfa-Romeo”. Entonces apretó

dos veces el gatillo.

Las ruedas delanteras dejaron escapar bruscamente el aire al ser perforadas por los balazos. Hecho esto, la falsa mujer corrió de modo harto ridículo hacia donde le esperaba su compañero.

Entre los dos metieron a Ned en el coche, el cual arrancó segundos más tarde, sin que Lois, inmovilizada en su automóvil, pudiera hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO XV

El timbre sonó en la puerta. “Mint” Rysher estaba repasando su libro de cuentas, un libro por leer el cual la policía hubiera dado algo bueno, y levantó la cabeza.

Frunció el ceño. La hora era un tanto intempestiva para recibir visitas. ¿Quién podía llamar tan tarde?

Había dos hombres en la habitación con el *gangster*. Uno de ellos empuñaba negligentemente una pesada matraca de plomo, forrada de cuero. El día anterior la había usado a conciencia contra un recalcitrante individuo que se había negado a pagar el tributo que le había impuesto su jefe.

El otro se distraía tocando suavemente la armónica. Los aires de *Dulce Alabama* casaban muy mal con el repelente aspecto del individuo.

—Ve a ver quién llama a estas horas, Cookie —ordenó Rysher. Tomó un sorbito del licor de menta que, en una copa, tenía al alcance de la mano y chasqueó la lengua. Su afición a la menta le había granjeado el apodo con que era habitualmente conocido entre los elementos del hampa y que igualmente figuraba en su ficha policial.

—Sí, jefe —respondió Cookie.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta, haciendo chocar continuamente, con suaves chasquidos, la porra contra la palma de su mano derecha. Era un arma contundente en extremo y Cookie no quería perder el hábito de manejarla con la mayor habilidad.

Al llegar a la puerta, guardó la matraca en el bolsillo y metió la mano en el interior de la chaqueta, empuñando el revólver que tenía en una funda axilar. Abrió la mano izquierda, encontrándose frente a un mandadero que traía una caja de botellas de licor.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó, enarcando las cejas.

—¿No vive aquí el señor Rysher? —preguntó el mandadero.

—Sí, claro. Pero...

—Bueno, pues me han ordenado traer aquí esta caja de botellas. Yo no sé más ni me haga ninguna pregunta —el mandadero se inclinó y tomó la caja, que parecía bastante pesada, con ambas manos—. ¿Dónde la dejo? —preguntó—, a la vez que cruzaba el umbral de la puerta.

—Bien, yo creo que ahí estará bien —respondió Cookie. Conocía bien la afición de su jefe al licor de menta y cabía suponer que Rus Rysher hubiera

encargado las botellas sin decirles nada.

—¡Diablos, cómo pesa esto! —se quejó el mandadero—. Ayúdeme, ¿quiere?

Cookie accedió. Alargó las dos manos y de repente se encontró sosteniendo él solo la caja y frente al cañón de una pistola dotada de silenciador.

—Ni una palabra más —dijo el supuesto mandadero—. Suelta un grito y te enviaré al infierno.

A su modo, Cookie era valiente. No solo no hizo el menor caso de la amenaza del intruso, sino que trató de arrojarle la caja a la cara.

El falso mandadero saltó a un lado, evitando así los efectos del impacto del pesado proyectil. La caja cayó al suelo con tremendo estrépito.

La pistola del mandadero llameó un par de veces casi en silencio. Cookie se retorció sobre sí mismo y se desplomó al suelo de bruces, pateando convulsivamente.

—¡Cuidado, jefe! —chilló el otro pandillero en la habitación vecina—. ¡Es un asalto!

Los dos *gangsters* echaron mano a las pistolas. Era ya tarde para repeler un ataque tan súbito. Y, por otra parte, el falso mandadero no venía solo.

El secuaz de Rysher se desplomó en el suelo, atravesado el cuerpo por tres o cuatro balazos. Rysher se dejó caer en una silla, con el brazo derecho roto por un certero proyectil.

El miedo le hizo olvidar por unos momentos el intenso dolor que le causaba la herida. Con ojos desorbitados contempló el avance de los siete encapuchados que le rodearon en unos segundos.

Ninguno de ellos hizo el menor gesto por curarle la herida. Antes al contrario, haciendo caso omiso de ella, le ataron los brazos a la espalda, cosa que provocó un espantoso aullido del *gangster*.

Uno de los enmascarados miró hacia arriba.

—Esta lámpara no parece segura —comentó.

—Yo sé otro medio —dijo un segundo enmascarado—. Venga conmigo.

Los dos hombres se dirigieron al cuarto de baño, llevando consigo la cuerda que había de servir para ahorcar al forajido. La puerta tenía un montante de vidrio, que fue quitado con la ayuda de una navaja a guisa de destornillador.

Uno de los enmascarados se colgó del montante, haciendo varias flexiones con las piernas. Luego se dejó caer al suelo.

—Resistirá —dijo lacónicamente.

El otro trajo una silla. Subiéndose a ella, ató un extremo de la cuerda al montante, dejando apenas un palmo de soga entre el mismo y el nudo corredizo. Comprobó la solidez del lazo y saltó al suelo.

—Listo —dijo.

Rysher fue traído hasta allí a empujones. Continuos gritos se escapaban

de su boca, en tanto que, olvidado por completo de su brazo roto, forcejeaba desesperadamente para librarse de sus captores.

Estos no le permitieron escapar. Cuando el *gangster* quiso darse cuenta, ya estaba de pie en la silla, con el nudo corredizo en torno al cuello.

Uno de los enmascarados le miró de frente, con ojos fríos, crueles.

—“Mint” Rysher —dijo—, has sido siempre un notorio ladrón, extorsionista y muchas cosas más, ninguna buena. “La Espada y la Balanza” te ha condenado a muerte para que purgues tus crímenes, en especial el repugnante asesinato que tus hombres cometieron ayer en la persona de un honrado comerciante. Ese vil asesinato solo tiene una pena.

El grito que Rysher iba a lanzar fue cortado de pronto cuando el enmascarado que acababa de hablar pegó una patada al taburete. Uno de los asistentes volvió el rostro para no ver las espantosas contorsiones del cuerpo del *gangster*.

Cuando Rysher hubo cesado de moverse, alguien dejó un papel prendido en la solapa de su chaqueta. La sangre que brotaba del brazo herido goteó sordamente sobre el pavimento.

—Hemos hecho justicia —dijo—. Retirémonos.

Los siete enmascarados abandonaron el departamento en completo silencio. Al salir, uno de ellos dijo:

—El objetivo Erickson ha sido conseguido.

CAPÍTULO XVI

Ned Erickson se sentó en el suelo, sintiendo un fuerte dolor de cabeza en el lugar donde había recibido el culatazo. Procuró mostrar serenidad y resignación a un tiempo.

—En los últimos días, mi cabeza está sirviendo de paragolpes que es un contento —rezongó de mal talante.

Al cabo de un rato se sintió un poco mejor. Paseó la vista por la estancia, dándose cuenta de que se hallaba en un sótano sin ventilación alguna, al cual se entraba por una puerta situada a un par de metros sobre el nivel del suelo. Una escalera de ladrillo arrancaba de la misma, descendiendo pegada a la pared.

En un rincón vio un lavabo de hierro y una canilla para el agua. En cuanto a él, se encontraba sentado en un colchón arrojado directamente sobre el suelo, con una almohada y un par de mantas como única decoración del polvoriento sótano.

Se puso en pie y se refrescó la nuca con el agua del grifo. Al terminar se encontró notablemente mejorado, aunque no podía borrarle de la imaginación el modo tan estúpido con que había sido atrapado.

—Bueno, esos tipos estaban decididos a todo —se dijo—. Quizá haya resultado mejor así. Espero que no le hayan hecho nada a Lois.

Sonrió al pensar en la muchacha, ignorando que se había quedado atascada en el camino, al ser reventadas a tiros las gomas delanteras de su coche. “Una buena chica, sin duda alguna. Lástima que tenga tanto dinero. De lo contrario...”

Suspiró hondamente. No podía hacer nada por modificar el estado de algunas cosas. “La vida es así”, se dijo, repitiendo una frase estereotipada hasta la saciedad.

El dolor de la cabeza cedía rápidamente. Hurgó en sus bolsillos, sacando cigarrillos y fósforos. Encendió uno con la última cerilla, cosa que le disgustó notablemente.

Subió hasta la puerta, examinándola con detenimiento. Era de madera, aunque estaba forrada con una fuerte chapa de hierro por la parte interior del Sótano, sin el menor resquicio que le permitiera probar su suerte para tratar de evadirse. Volvió al suelo, tendiéndose en el colchón.

El tiempo pasó lentamente. En alguna ocasión sintió deseos de fumar, pero había agotado los fósforos y hubo de olvidar el tabaco como medio de

combatir el hastío que invadía su ánimo. Por otra parte, el estómago empezó a reclamar la ración habitual de comida.

Miró el reloj; eran ya las ocho de la noche. Teniendo en cuenta que el asalto había sido efectuado a las doce del mediodía, aproximadamente, resultaba demasiado tiempo para que nadie acudiera a verle tan siquiera.

Hubo de pasar la noche entera sin comer ni fumar. Durmió relativamente bien, y alrededor de las siete de la mañana, se despertó, sentándose en el incómodo lecho.

—¿Van a matarme de hambre esos tipos? —rezongo.

Como si sus palabras hubieran tenido una virtud mágica, la puerta del sótano se abrió en aquel momento. Dos hombres aparecieron en ella, uno de los cuales era portador de una bandeja con alimentos.

Los reconoció a ambos. Eran los mismos que le habían atacado en el camino, aunque en el momento actual, las ropas de mujer habían desaparecido, no así la máscara que imitaba el rostro y los cabellos de una mujer. El efecto era altamente cómico y Ned hubiera reído de buena gana, de no haber sido porque el momento no era el más apropiado para la hilaridad. La mano velluda, por otra parte, era inconfundible.

El de la cara de mujer empuñaba el revólver que Ned ya conocía. El otro llevaba la bandeja con comida, que depositó en el suelo, en el centro del sótano, a prudente distancia del joven.

—Lamentamos mucho tener que hacer esto con usted, sargento Erickson —dijo, enderezándose—. Pedimos humildemente nos excuse, a la vez que le manifestamos nuestra imposibilidad de actuar de otra forma.

Ned tomó la bandeja en las manos, retirándose al colchón. Empezó a comer.

—Desde luego —dijo, con aire negligente—. Supongo que les estorbo con mis pesquisas y que ustedes quieren seguir adelante sin molestias inútiles, ¿no es así?

—Su clarividencia nos asombra, sargento —contestó el individuo—. Ciertamente, así es.

—Bien, personalmente, no tengo nada que oponer. Por otra parte, tampoco podría hacerlo —tomó un sorbo de café, que encontró excelente—. Demasiado sé lo que pretenden ustedes: libertad para hacer la justicia a su modo.

—Exactamente, sargento.

—Bueno, pues ya la tienen —expresó el joven, mordisqueando una tostada de pan—. Ahora bien, esa libertad les durará muy poco, ya lo verán.

—¿Por qué lo dice, sargento?

—Ustedes han actuado contra mí como si yo fuera el único policía de la ciudad. En eso han cometido un error. Si yo falto, otro ocupará mi puesto, ténganlo por seguro.

—Contamos con ello, sargento. Será difícil que encuentren otro tan hábil y valeroso como usted.

—Gracias por los elogios, pero no por ello me confunden. También hay gente lista y nada cobarde en el Departamento de Policía. Alguno continuará mis pesquisas y acabará por desenmascararles, créanme.

—Cuando eso ocurra, nosotros ya no tendremos que temer nada de la policía, sargento.

Ned enarcó las cejas.

—¿De verdad? Parece muy seguro de lo que dice, amigo.

—En efecto. No hablaría de esta forma si así no fuera.

—Bien, cada uno es libre de mantener una opinión, siempre que, claro está, respete la de los demás, cosa que no sucede en mi caso. Mi opinión es de que se les debe detener y desenmascarar a ustedes.

Pareció como si el individuo sonriera.

—En lo cual, por supuesto, discrepamos nosotros.

—Desde luego —Ned tomó otro sorbo de café. Extendió la mano derecha, con la cual blandía una tostado espesamente untada de mantequilla y mermelada—. Pero están corriendo un grave peligro al actuar así. Y lo malo es que no se dan cuenta de ello.

—¿Qué es lo que dice, Erickson? —preguntó el individuo.

Durante toda la noche, Ned se había forjado una hipótesis. Quiso comprobar hasta qué extremo llegaba la solidez de sus suposiciones.

—Ustedes actúan de una manera que puede llamarse considerada... aunque solo hasta cierto punto —dijo, palpándose el chichón de la nuca—. Por lo que veo, quieren mantenerme fuera de la circulación durante una temporada, ¿no es eso?

—Supongámoslo.

—Bien, ustedes opinan así. Hay quién opina, sin embargo —y juraría que pertenece a su misma organización—, que mi alejamiento debe ser definitivo.

—¿Qué es lo que dice, sargento? —preguntó el individuo del rostro de mujer, que había permanecido silencioso hasta entonces.

—Poco antes de que ustedes me secuestraran, unos forajidos me tirotearon desde un coche en marcha. Eso no me había sucedido jamás en los diez años que llevo en la fuerza policial, a no ser en encuentros directos con maleantes. Pero nunca había sufrido un ataque a traición, se lo aseguro.

—¿Y quién nos dice que ese ataque no se debe a algún maleante resentido contra usted?

Ned sonrió a la vez que movía la cabeza.

—Debieran conocer un poco mejor las costumbres del hampa. Los *gangsters* se matan entre sí y, ocasionalmente, asesinan a pacíficos ciudadanos. Pero nunca, o solo en contadísimas ocasiones, atacan a

funcionarios policiales. Saben que es un gravísimo error y procuran no cometerlo. *Ergo* —concluyó—, ese ataque se debe exclusivamente a algún miembro de “La Espada y la Balanza”, cuyas opiniones con respecto a mí están impregnadas de un desagradable extremismo.

Los dos individuos se miraron simultáneamente unos segundos. Luego, casi a la vez, se dirigieron a toda prisa hacia la escalera, sin contestar siquiera a las últimas palabras del joven.

Iban a cerrar ya la puerta, cuando Ned se acordó de una cosa.

—¡Eh, por favor! —gritó.

Los desconocidos se volvieron.

—No tengo cerillas y no puedo fumar. Si les sobra también algo de tabaco, se lo agradeceré, palabra.

Uno de los individuos le arrojó un paquete de cigarrillos junto con una tira de fósforos. Un segundo después, la puerta se cerraba con gran estruendo de metal.

Al terminar de desayunar, Ned se sintió notablemente más reconfortado. “Bien mirado, se dijo, no estoy aquí tan mal. Lástima no tener un aparato de radio para entretener la espera”.

Fumó un par de cigarrillos y luego empezó a elaborar un plan de fuga que le permitiese abandonar el encierro. Tenía que hacerlo a base de astucia, ya que por la fuerza no podría lograr nunca nada. Pero lo malo era que no llevaba encima ni una simple navajita. Y con los dedos solamente, mal podía forzar el blindaje de aquella puerta.

Hubo de esperar a la noche, pues, a que le trajeran la cena. Los dos enmascarados se alejaron apenas le hubieron traído los alimentos, sin querer contestar en absoluto a ninguna de las preguntas que les dirigía el joven.

Como no tenía otra cosa que hacer, se tendió a dormir. A las seis de la mañana, se despertó, sentándose bruscamente en el suelo.

—¿Cómo no lo he pensado antes? —se dijo, poniéndose en pie de un salto.

La luz había permanecido constantemente encendida desde el momento de su entrada en el sótano. Ned calculó la altura de la bombilla y supo así que podría desenroscarla con la mano.

Consultó su reloj; todavía faltaba una hora por lo menos para que aparecieran sus secuestradores. Pero, ante su desesperación, no fue una hora la que tardaron, sino seis más, es decir, que llegaron alrededor de las doce del mediodía, cuando ya el joven, frenético de impotencia, estaba a punto de ponerse a dar mordiscos por todas partes.

Cuando oyó el ruido de los cerrojos, alargó las manos y desenroscó la bombilla, de modo que las tinieblas se hicieron instantáneamente en el sótano. El interruptor debía hallarse, calculó, en el exterior, junto a la puerta de entrada al mismo.

Una débil raya de luz apareció al abrirse la puerta. En el mismo instante se oyó un gruñido.

—¡Erickson!

—Estoy aquí —rezongó el joven—. Sin radio, sin periódicos, ahora sin luz... y ahora ya empezaba a pensar que me iban a dejar también sin comida.



...Siguieron adelante con su carga

—Dispénsenos, sargento —dijo la voz. Ned oyó que la bandeja era depositada en el suelo—. Ahora traeré otra bombilla nueva.

La puerta se cerró secamente. Ned apretó la bombilla, volviendo la luz al sótano. Corrió hasta el descansillo de la escalera y apartó a un lado la bandeja de la comida, llevándola sobre el colchón. Acto seguido volvió a apagar la luz por el mismo procedimiento.

Unos momentos después, volvió a abrirse la puerta. El enmascarado penetró a través de ella, alumbrándose con una linterna eléctrica. En la otra mano traía una silla. La bombilla abultaba el bolsillo izquierdo de su chaqueta.

—¡Caramba! —exclamó Ned—. Hoy viene usted solo.

—Sí —contestó el otro secamente, dejando la silla en el suelo y sacando rápidamente el revólver, con el cual encañonó al joven—. Vamos, ponga la bombilla, pronto. Tengo que irme de aquí cuanto antes.

—¿Acaso tiene una cita con sus colegas? —preguntó el joven sarcásticamente.

Recogió la silla y tomó la bombilla que el otro le ofrecía. Colocó aquella bajo el cordón de la luz y se subió encima, desenroscando la lámpara aparentemente fundida, que tiró al suelo con gesto negligente. El estallido sobresaltó no poco al enmascarado, cosa que hizo reír de buena gana al joven.

Mientras tanto, Ned había colocado la segunda bombilla, pero no la enroscó del todo, sino que fingió hacerlo. Entonces, simulando enojo, dijo:

—¡Vaya una bombilla que me trae usted, amigo! —rezongó—. También se ha fundido.

—No es posible —contestó el enmascarado—. Yo mismo la comprobé antes de venir aquí.

—¿Sí? Pues entonces es que usted no ve más allá de sus narices —extendió las manos con gesto irritado—. Vea, sigue sin encenderse.

El enmascarado pareció dudar. Al fin, con gesto renuente y sin dejar de apuntarle con el revólver, se le acercó unos cuantos pasos.

—Bájese de ahí —dijo—. Yo mismo lo haré.

—Bueno —contestó Ned. De repente abrió los brazos—. ¡Eh, que me caigo! ¡Ayúdeme, hombre!

Vaciló en la silla. El enmascarado alargó un brazo instintivamente, como para contener la caída de Ned.

Esto era lo que el joven estaba deseando. Tomó impulso con un pie y se dejó caer encima del enmascarado, antes de que este, enormemente sorprendido por la inesperada acción, tuviera tiempo siquiera de disparar su revólver.

El arma salió despedida a un lado. Ned se incorporó rápidamente, al mismo tiempo que sujetaba a su contrincante por las solapas de su

chaqueta. Disparó el puño derecho y se oyó un fuerte chasquido.

El enmascarado se desplomó tan lentamente, que Ned tuvo tiempo todavía de agarrarlo para que no se hiriera al caer de espaldas. Lo depositó en el suelo con todo cuidado y luego le despojó de la máscara.

Lanzó un silbido al reconocer al individuo que yacía inconsciente en el suelo.

—¡Vaya! ¿Quién lo hubiera dicho de un individuo tan pacífico como el ilustre profesor Walker?

Se apoderó del arma y de la linterna eléctrica, saliendo acto seguido del sótano, sin olvidarse de cerrar la puerta con llave, que se guardó en el bolsillo. Luego emprendió el ascenso con las debidas precauciones hasta asomar al exterior.

Al llegar arriba advirtió que se hallaba en una especie de caseta, donde se guardaban útiles de jardinería y otros trastos viejos. La entrada al sótano se hacía por medio de una trampa en el suelo, que Ned bajó, cubriéndola luego con unos sacos vacíos, para disimular su presencia. “Volveré más tarde a liberar al profesor”, se dijo, saliendo a un pequeño jardín, bastante descuidado, al otro lado del cual se veía un edificio de una sola planta.

Ned frunció el ceño. El lugar le parecía conocido. Había estado en él más de una vez, aunque de momento no recordaba a quién podía pertenecer la casa.

De una cosa estaba seguro, sin embargo: aquella residencia no era la del profesor Walker.

CAPÍTULO XVII

Eran casi las seis de la tarde cuando llegaba a su domicilio. Lo primero que hizo fue meterse en el cuarto de baño para limpiarse de la suciedad acumulada en los dos días de encierro. Se bañó a conciencia, afeitándose a continuación. Luego se cambió de ropa, hecho lo cual tomó el teléfono e hizo un par de llamadas.

Una vez hubo concluido, se dirigió a la puerta de la calle. En el momento en que la abría, se topó de manos a boca con una persona muy conocida.

—¡Señorita Hamrin! —exclamó, enormemente sorprendido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, agarrándole nerviosamente por un brazo—. ¿Está usted bien?

—Claro que sí —respondió Ned, sonriendo, al tiempo que la hacía pasar al interior del departamento—. No he sufrido daño alguno, si es a eso a lo que se refería. Me tuvieron encerrado un par de días, pero pude escaparme al fin y al cabo.

—Cuánto me alegro —dijo ella sinceramente—. La verdad, he pasado mucho miedo por usted.

—¿Lo dice en serio? —Ned la miró oblicuamente.

—No me gusta bromear con según qué cosas, sargento —respondió la muchacha—. Pasé mucho miedo al ver que se lo llevaban aquellos individuos. Temí que...

—No había motivos para temer nada, señorita, aunque no por ello le esté menos agradecido. De haberme querido matar, lo hubieran hecho en el momento del asalto. Y usted también hubiera muerto, téngalo por seguro.

Lois se estremeció vivamente.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Lo dice usted de verdad, sargento?

—Jamás en mi vida he hablado tan seriamente. Gracias, de todas formas, por avisar a la policía. Me han dicho —sonrió— que mi ausencia les había vuelto locos a fuerza de buscarme.

—Pude fijarme en la matrícula del coche que se lo llevó a usted, pero luego, según se averiguó, resultó ser falsa.

—Una precaución hartó elemental en un caso semejante. Y ahora, dígame: ¿cómo se le ha ocurrido venir por mí apartamento?

Lois enrojeció vivamente.

—He estado llamando a la Jefatura de Policía con mucha frecuencia. Al fin, me dijeron que había aparecido y... bien, no pude contenerme y vine para saludarle en persona. Espero no haberle molestado, sargento.

—¿Molestarme? Por Dios, esta es la alegría más grande que he recibido en muchos años, señorita Hamrin—. Consultó su reloj—. Me gustaría celebrarlo, invitándola a cenar, siempre que usted supiera acomodarse al menú de un simple sargento de policía...

Ella sonrió luminosamente.

—¿Cree que no sabría hacerlo? —preguntó.

—... Pero tengo que continuar mis pesquisas. Créame, lo siento de veras, señorita.

La sonrisa se borró en el acto del lindo rostro de Lois.

—Oh —fue todo lo que dijo, visiblemente decepcionada.

Ned la tomó por el brazo.

—Vámonos, la acompañaré hasta la puerta. De todas formas, la invitación queda en pie para cuando haya terminado mi misión.

—¿Cree usted que logrará descubrir a los miembros de “La Espada y la Balanza”? —preguntó ansiosamente.

El joven se detuvo, mirándola fijamente.

—Creo todavía más, señorita Hamrin. Creo que mis suposiciones, las que hice acerca de que esa sociedad acabaría transformándose en una pandilla de asesinos están a punto de convertirse en realidad.

Lois se tapó la boca con las manos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Eso... sería horrible.

—Bien, no me gusta repetir las cosas, pero ya lo anuncié casi desde el principio. De modo que, si usted sabe algo, convendría que me lo dijera.

La muchacha inclinó la cabeza. Ned cerró la puerta nuevamente, pues aún no habían salido de su apartamento.

—Puedo... puedo decirle el nombre de uno de los... de los miembros, pero eso es todo lo que sé, se lo aseguro —murmuró Lois en voz baja.

—Clarabel Normand, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y usted no ha pertenecido nunca a esa sociedad?

—No. No quise, a pesar de que Clarabel me lo pidió en más de una ocasión. Somos muy amigas y la confianza que hay entre ambas es grandísima; por ello me confió algunas de las cosas que hacían. Pero, créame, jamás aprobé tal modo de actuar. Naturalmente, no podía traicionarla; estuvo a punto de ser la mujer de mi hermano y sé positivamente que los dos estaban muy enamorados el uno del otro.

—¿Y ella, no le avisó nunca cuando preparaban lo que podría llamarse una expedición de castigo?

—No, nunca. Tampoco comentábamos apenas lo sucedido, casi ni cuando ya era del dominio público. Deseaba que castigasen a los asesinos

de Henry, pero no por esos métodos, le digo la verdad, sargento.

Ned se pellizcó el labio inferior.

—Y yo la creo, señorita Hamrin. Gracias por lo que me ha dicho. Ahora, me va a permitir que la deje en su coche; tengo mucho que hacer.

—De acuerdo —suspiró ella resignada. Trató de sonreír—. Pero quiero decirle que continúo esperando su invitación.

—Jamás prometo una cosa que no sea capaz de cumplir —sonrió Ned, abriendo la puerta.

En la calle, ayudó a la muchacha a sentarse en su coche. Ella sugirió:

—¿Quiere que le lleve a algún sitio?

Ned sacudió la cabeza.

—Gracias por la oferta. Prefiero ir solo.

—Comprendo —suspiró la muchacha—. Sea prudente, se lo ruego —le recomendó, en tanto daba el contacto.

—Haré tanto caso de su consejo como si me lo diera mi propia madre —sonrió Ned. Agitó la mano para saludar a la muchacha cuando esta arrancó y luego, al cabo de unos momentos de vacilación, llamó a un taxi.

Un cuarto de hora después se encontraba frente a DeRoy, el banquero. Este le recibió entre amable y extrañado a un tiempo, inquiriendo los motivos de la visita del joven.

Ned perdió demasiado tiempo en rodeos inútiles.

—Sé que usted es uno de los miembros de “La Espada y la Balanza” —dijo de sopetón—. No intente negarlo —añadió, al ver que el banquero iniciaba un movimiento de protesta—, sería inútil. Me resulta imposible poder probárselo, pero lo sé con absoluta seguridad.

La aparente firmeza del banquero flaqueó unos instantes. Sin darle tiempo a reponerse, Ned siguió adelante:

—Sería inútil preguntarle cuáles son sus compañeros —dijo—. Pero sí puedo darle una orden: no acuda usted a la próxima reunión.

El rostro de DeRoy se tornó del color de la púrpura.

—¡Sargento, está insultándome! —barbotó colérico.

Ned tomó su sombrero y se encaminó hacia la puerta. Con el pomo en la mano, se volvió hacia el banquero.

—Señor DeRoy —repitió—, no acuda a la reunión. Y salió.

La entrevista había sido breve, pero había tenido tiempo suficiente para captar un detalle: en casa del banquero había alguien que usaba *Viento Cálido*.

Llegó a la calle y se detuvo unos momentos meditando acerca de lo que debía hacer. Finalmente, resolvió fingir que se marchaba, pero acabó situándose en la protectora oscuridad de un portal cercano, desde el cual pudiera vigilar la casa del banquero.

DeRoy salió momentos después. Tomó su coche y desapareció en la oscuridad a los pocos instantes.

Entonces, Ned volvió a la casa y pidió ver a la señora DeRoy. La doncella que le había recibido la primera vez le contempló con suma extrañeza, pero acabó haciendo lo que le pedían.

Un par de minutos más tarde, una mujer de unos cincuenta años, pero todavía con abundantes rasgos de una pasada belleza, acudía a la llamada del joven.

Ned le enseñó sus credenciales y luego preguntó:

—Señora DeRoy, ¿usa usted un perfume llamado *Viento Cálido*?

La dama enarcó las cejas.

—Sí, por cierto, sargento. ¿A qué se debe la pregunta?

—Le ruego me disculpe, señora. Quizá le parezca un tanto extraño mi proceder, pero todo ello es consecuencia de las investigaciones que estoy realizando en la actualidad. Sé que es un perfume muy raro y que pocas damas lo usan en la ciudad. Quizá usted sabría darme el nombre de alguna de ellas.

—Bien, ahora que me lo dice usted, sargento... Ah, sí discúlpeme —exclamó la esposa del banquero con una amplia sonrisa—. Había olvidado que hace unas cuantas semanas regalé un frasco a una amiga mía.

—¿Tendría inconveniente en facilitarme su nombre, señora DeRoy?

La dama se lo dijo. Ned tomó nota en su libreta y luego sonrió:

—Mil gracias, señora DeRoy. Eso era todo lo que deseaba saber. Le ruego dispense las molestias que la he originado, pero comprenda que no lo hago por mí gusto precisamente.

—No se preocupe, sargento. Todos nosotros estamos obligados a colaborar con la policía.

—Gracias otra vez, señora —respondió Ned, encaminándose hacia la puerta.

Al salir del domicilio del banquero tomó un taxi. No había querido seguir a DeRoy, porque harto sabía a dónde se dirigía este pese a su prohibición. Tenía tiempo de sobra, sin embargo, para realizar determinadas gestiones, por lo que se dirigió al domicilio de la abogada.

Tocó el timbre de llamada apenas se encontró ante la puerta del apartamento de Clarabel Normand. Le extrañó que nadie contestara a su pregunta. Insistió de nuevo, obteniendo idéntica respuesta.

—No puede ser —murmuró para sí—. Tiene que hallarse en casa a la fuerza.

Sacando su manojito de ganzúas, abrió la puerta, y dio la luz del vestíbulo. Miró en torno suyo.

Todo aparecía en orden.

Pasó a la habitación contigua, bastante extrañado por el silencio que se observaba en la casa. Un escalofrío recorrió de repente su espalda.

Súbitamente, un ruido singular quebró el silencio que reinaba en el apartamento.

Ned sacó el revólver y levantó el percusor.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

El ruido se repitió de nuevo. Ned buscó con la vista su origen, hallando que procedía de una puerta inmediata, que supuso sería la del dormitorio de Clarabel.

La puerta estaba cerrada con llave. Pero no se la habían llevado, sino que estaba puesta en la cerradura. Los golpes contra la madera se repitieron.

Silenciosamente, procurando no hacer el menor ruido, Ned hizo girar la llave. Luego abrió la puerta de golpe, pero solo pudo conseguirlo a medias, a causa de un obstáculo que había al otro lado.

Cruzó el umbral.

El obstáculo era Clarabel Normand, tendida en el suelo, con la boca cubierta por un pañuelo y atada de pies y manos con los cordones de seda de unos cortinajes.

CAPÍTULO XVIII

Ned se arrodilló al lado de la abogada, quitándole la mordaza. Los ojos de Clarabel Normand llameaban de ira.

—¡Suélteme las manos! —exclamó imperativamente.

—Un momento, un momento —dijo Ned—. Tengamos calma. Ante todo, dígame quién la ha atado.

—Pero, ¿es que no se lo supone siquiera? —contestó Clarabel, roja de indignación—. ¡Ha sido Lois! Vino aquí y me engañó, golpeándome en la cabeza, hasta hacerme perder el sentido. Cuando me desperté, estaba atada como una salchicha... Suélteme, le digo, sargento.

—Todavía tiene que contestar a unas cuantas preguntas más, señora Normand. No tenga prisa, porque tampoco yo la tengo. Dígame, ¿a dónde ha ido la señorita Hamrin?

—Si se le ocurriese pensar un poco, podría figurárselo inmediatamente —contestó ella, cada vez más excitada—. ¿Es que piensa dejarme así? —preguntó coléricamente.

—Calma, por favor. De modo que la señorita Hamrin vino, habló con usted, la engañó y luego se marchó, después de dejarla en el estado que ahora se encuentra.

—Sí. Nunca supuse que Lois fuera capaz de hacerme una faena semejante. No volveré a dirigirle jamás la palabra, se lo aseguro, sargento.

—La creo a usted, señora Normand. Y supongo que la señorita Hamrin habrá tomado su puesto en la reunión que esta noche van a celebrar los miembros de “La Espada y la Balanza”, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo ha dicho?

Ned volvió a sonreír.

—Bien —contestó—, no olvide usted que soy policía y que la obligación de un buen policía es enterarse de las cosas que quienes delinquen tratan de mantener ocultas.

—Yo no soy una delincuente —protestó la viuda—. Simplemente, hago justicia.

—Sí, por la muerte de Henry Hamrin, ¿verdad?

El rostro de Clarabel se tiñó de carmín.

—Bueno —dijo de mala gana—, admitámoslo. Pero no me va a discutir que todos los *gangsters* que murieron no se merecían la muerte.

—Por supuesto, señora Normand. Sin embargo, el medio que

empleaban para castigarlos no era el más apropiado, aunque ustedes especularon siempre con el corazón del pueblo, al que le gusta la justicia directa y sin complicaciones. Lo malo es que alguien ha bastardeado los primitivos fines de la sociedad, convirtiéndola en un instrumento para su uso exclusivo y... Bien, no tengo ganas de seguir hablando. Me sobra algo de tiempo, pero tampoco puedo desperdiciarlo demasiado. ¿A qué hora era la reunión de esta noche?

—A las doce, como de costumbre.

—Y en el lugar de siempre, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Clarabel.

Ned se puso en pie.

—A las doce y un minuto estaré aquí para quitarle las ataduras, señora Normand—. Sonrió anchamente—. Son las nueve y media, de modo que deberá tener un poco de paciencia hasta entonces. Le conectaré la radio para que se distraiga mientras tanto.

Clarabel Normand pateó y chilló, pidiendo ser liberada a voz en cuello, pero el joven hizo caso omiso de sus protestas. Había un aparato de radio sobre una consola y abrió el interruptor a todo volumen.

Pasó por delante de Clarabel y se destocó urbanamente.

—Hasta luego, señora Normand.

Al salir a la calle volvió a tomar un taxi, al cual le dio la dirección de uno de los más conspicuos *night-clubs* de la ciudad. El local pertenecía a “Doc” Taylor.

El establecimiento estaba lleno en aquellos momentos. Ned se dirigió a la barra y ordenó al camarero que avisaran a Taylor de su presencia en aquel lugar.

Unos momentos después, Kapper aparecía ante el joven.

—¿Es usted el que desea ver al señor Taylor? —preguntó.

—Sí —contestó el joven, sin amilanarse ante el tono seco y despegado que utilizaba el esbirro.

—Sígame —dijo Kapper, sin más palabras.

Ned accedió. Kapper le condujo, a través de una puerta reservada, por un corredor en penumbra, al final del cual se divisaba una escalera de cuatro o cinco peldaños.

Al llegar a la escalera, Kapper le detuvo.

—Su pistola —pidió secamente.

Ned le miró fijamente.

—Recuerde que soy un sargento de policía —respondió.

—Un cuerno —gruñó el otro—. La pistola. Kapper sacó la suya—. Y no intente hacerme una jugarreta; policía o no, le abriré un ojal en la barriga si mueve tan solo una pestaña.

—Está bien —respondió el joven—. Supongo que no me queda otro remedio —metió la mano en el interior de la chaqueta y sacó el revólver,

entregándose a Kapper por el cañón.

El pandillero fue a tomar el revólver. Cuando ya casi tocaba con sus dedos la culata del arma, Ned abrió los dedos, dejándola caer al suelo.

Los ojos de Kapper se desviaron instintivamente un segundo. Ned esperaba un gesto semejante y movió velocísimamente la mano izquierda, apartando la pistola de su pecho. Al mismo tiempo, su puño derecho se disparó hacia adelante clavándose en el estómago del forajido con demoledores efectos.

Kapper lanzó un gruñido, a la vez que se curvaba sobre sí mismo. Ned levantó la pierna, aplicando un brutal rodillazo al rostro de su contrincante. La nariz de Kapper crujió sonoramente.

Acto seguido, bajó el puño, estrellándolo con todas sus fuerzas contra la oreja del pandillero. Kapper exhaló un profundo suspiro y se venció hacia adelante.

Inmediatamente, Ned recobró las dos armas. Guardó en el bolsillo la automática de Kapper y subió la escalera en dos saltos.

Aplicó el oído a la puerta. Luego tocó con los nudillos.

—Entra, Kapper —dijo una voz al otro lado de la madera.

Abrió la puerta de golpe. Taylor se asombró enormemente al ver que no era Kapper el que penetraba en su despacho.

La mano del *gangster* voló hacia el cajón de su derecha. Pero su gesto se vio detenido en seco por la acción del joven, que le encañonó con su pistola.

—Taylor, saque la mano de ahí. Pronto o le vuelo la cabeza.

El rufián rechinó los dientes. Ned avanzó hacia él, mirándole fijamente.

—Usted y yo tenemos mucho que hablar —dijo.

Hablaron, efectivamente, durante media hora larga. Al finalizar, Ned exigió del *gangster* una confesión completa de sus fechorías.

—¡No lo haré! —exclamó airadamente, sabiendo lo que se jugaba.

La pistola de Ned apuntó rectamente al estómago de su oponente.

—Lo haré —manifestó. Levantó el percusor del arma—. Le doy treinta segundos exactos para tomar una pluma y ponerse a escribir. De lo contrario, le perforaré el estómago. La herida es mortal y duele mucho, ¿sabe? Bueno —concedió el joven con una sonrisa—, usted es un entendido en la materia, de modo que no es necesario que entre en demasiadas aclaraciones. ¡Escriba, pronto!

Taylor hubo de acceder. Mientras escribía, Ned le vigiló constantemente, sin perder uno solo de sus movimientos.

—Ponga también cuál fue la suerte que corrieron los dos esbirros de Gabinno. Sospecho que usted debe saber algo sobre el particular.

Eran ya pasadas las once, cuando Ned tuvo en sus manos la confesión del *gangster*, con un relato completo de todas sus fechorías. Sin leerla siquiera, la guardó en el bolsillo. Luego se acercó al teléfono.

—¿Cómo supo lo mío? —preguntó Taylor, tratando de dominar la rabia que sentía.

—Fue usted un imprudente al hacer una llamada a su jefe. La atendí yo, ¿recuerda? Preguntaba a qué hora sería la reunión. Le dije Que luego le contestaría, y en cuanto colgó usted, hice que en la Jefatura me buscaran el número del teléfono. Resultó ser el tuyo, Taylor, conque el resto fue fácil de adivinar.

—Así que estaba usted en aquella casa.

—Sí, claro. Pude escaparme y... y me entretuve en hacer un registro a fondo antes de abandonarla. Encontré cosas muy interesantes, créame.

Levantó el teléfono para llamar a Jefatura. En aquel instante, vio que los ojos de Taylor adquirían un brillo especial.

Se volvió rapidísimamente hacia la puerta, en el momento en que Kapper penetraba armado con una pistola, proporcionada sin duda por algún compinche. El rostro del pandillero aparecía cubierto por la sangre que le había brotado de la nariz.

Ned apretó el gatillo un par de veces. Ahora no valían consideraciones; era preciso salvar la vida.

Kapper exhaló un hondo gemido y, agarrándose el vientre con ambas manos, se venció hacia adelante, cayendo al suelo sin un solo gemido. Acto seguido, el joven se volvió hacia Taylor, dejándose caer de espaldas al mismo tiempo.

La pistola de Taylor vomitó una llamarada. Pero la bala no encontró el blanco deseado, pasando por el lugar donde había estado el pecho de Ned unos segundos antes. Este disparó a su vez, atravesando el hombro del *gangster*.

Taylor soltó la pistola y se llevó la mano izquierda al lugar afectado por el balazo. Gritó de miedo y de dolor a un tiempo, al ver que el joven se levantaba del suelo e iba hacia él con la pistola en la mano.

—¡No, no! —jadeó, horriblemente pálido—. No me mate, lo diré todo...

—Ya lo has dicho —contestó Ned ceñudamente—. Y no te mataré; eso lo dejo para el verdugo.

Levantó la mano y estrelló el ceño de la pistola contra la sien de su oponente. Taylor lanzó un ronquido y se desplomó a un lado, totalmente inconsciente.

Acto seguido, el joven tomó el teléfono y llamó a la Jefatura de Policía.

CAPÍTULO XIX

Los siete enmascarados se hallaban reunidos de nuevo. El presidente se puso en pie y dijo:

—Compañeros de “La Espada y la Balanza”; hemos convocado esta reunión para tratar de varios asuntos de suma urgencia. Uno de ellos se refiere a las actividades del sargento Erickson.

Hizo una corta pausa y luego continuó:

—Es de todo punto imperativo que nos demos prisa en terminar la tarea que nos impusimos de limpiar a la ciudad de elementos indeseables. Conseguimos apartar al sargento de la circulación, tal como habíamos planeado, pero no podemos retenerlo indefinidamente prisionero. Tampoco somos asesinos para eliminarlo físicamente. Nuestra justicia debe circunscribirse solamente a las personas que cometen actos criminosos y hacen caso omiso de la ley y sus disposiciones. Por tanto, hemos de discutir esta noche cuál va a ser la suerte que han de seguir los dos o tres *gangsters* importantes que quedan en la ciudad.

—Allan Degotti es uno de ellos —manifestó alguien.

—Taylor está antes en la lista —objetó otro.

—Taylor está avisado, en lo cual cometimos una imprudencia —dijo un tercer enmascarado—. Convendría dejar pasar algún tiempo para que se confiase y así poder sorprenderlo más cómodamente.

—Degotti estará también prevenido —manifestó otro enmascarado.

—¿Vamos a tener miedo ahora, al cabo de tanto tiempo de actuar juntos? —preguntó el presidente—. Compañeros, pongamos a votación el asunto Degotti.

—¿Hace falta votar siquiera? —dijo uno—. Degotti debe morir. Y creo que mis colegas estarán de acuerdo conmigo, ¿no es cierto?

Varias cabezas se movieron al unísono.

—Entonces —dijo el presidente—, solo falta elaborar el plan de acción contra Degotti. ¿Alguno de ustedes tiene una idea que pueda servir de base?

Uno de los enmascarados se levantó de pronto.

—Desearía hacerle una pregunta, presidente.

—Muy bien, hable —contestó el aludido—. ¿De qué se trata?

—¿Se han dado cuenta mis estimados compañeros de que en estos momentos hay un traidor entre nosotros?

Las palabras del enmascarado levantaron un hondo revuelo entre los concurrentes. Hubo varias protestas enérgicas, que tardaron bastante en acallarse. Quizá hubieran durado más, de no haber sido porque, de repente, el enmascarado sacó una pistola con la cual empezó a amenazar a la concurrencia.

—Señores, ha llegado la hora de descubrir nuestros rostros y desenmascarar así al traidor. Yo mismo daré el ejemplo.

Y se quitó el capuchón.

Un grito unánime de sorpresa se escapó de todos los labios. Ned Erickson sonrió:

—No, no soy el profesor Walker, sino simplemente, me he limitado a tomar su puesto, después de escaparme del encierro a que había sido sometido. Y aquí, entre nosotros, hay también otra persona que no pertenece a la sociedad. Señorita Hamrin, por favor.

Una mano se movió, apartando el correspondiente capuchón a un lado.

—Soy yo, en efecto —dijo Lois—. Les ruego me excusen, pero tenía un vivo interés en asistir a la reunión. Me vi precisada a tomar el sitio de la señora Normand, pero...

—Esa es una cuestión secundaria ahora —dijo Ned. Movi6 la pistola en semicírculo—. Por favor, descúbranse.

Sonó un suspiro de resignación.

—Creo que tendremos que hacerlo, en efecto —dijo DeRoy, quitándose la máscara.

Los restantes encapuchados fueron haciéndolo uno a uno. Dé este modo Ned pudo reconocer a Andrew Spellon, Johnson Oakie y Stewart Pease.

Faltaba uno todavía por descubrirse: el presidente, que permanecía sentado, muy rígido con las manos crispadas sobre el borde de la mesa.

Ned le apuntó con el arma.

—Quítese la capucha Ryan, o dispararé.

El periodista obedeció. Su rostro surgió a la luz, convulso por la rabia y la ira que le poseían.

—Bien —habló el joven—, poco más hay que decir, ya, salvo que ahí está el traidor.

—Antes de afirmar una cosa —contestó el periodista —deberá demostrarlo cumplidamente, sargento.

—Por supuesto, Ryan —contestó Ned, sin dejar de encañonarle con el arma—. Primero le diré que fue usted quien se encargó de confeccionar los dibujos en una de las multicopistas del periódico. ¿Dónde los guardaba? En su casa, en un armario ropero muy poco usado por su esposa, amiga de la señora DeRoy, y a la cual regaló esta un frasco de determinado perfume, que se le rompió, impregnando los papeles del olor tan característico. En el primer momento, usted trató de romperlos, pero luego, pensando que había una mujer que formaba parte de la sociedad, prefirió dejar las cosas

tal como estaban, a fin de proporcionar un poco más de misterio al asunto. Lo comprobé al liberarme del sótano donde he estado encerrado dos días, aprovechando la ausencia de su esposa y que la casa, por tanto, estaba desierta.

—¿Cree usted que esa es prueba suficiente para acusarme de traidor a mis compañeros? —preguntó el periodista.

—Antes de presentar la prueba definitiva, aclaré algunas cosas todavía, Ryan. Según tengo entendido, usted reclutó gente para hacer justicia con los *gangsters*, idea loable en un principio, pese a que los medios que utilizaran no fueran los más apropiados. Hubo unos cuantos idealistas que respondieron a su llamada, deseando ver limpia y saneada la ciudad. Para añadir unas gotas de intriga al asunto y, de paso, para guardar el incógnito, usted ideó toda esta escenografía, con lo cual no corría riesgo alguno, caso de ser descubierto. Y las convocatorias para las reuniones se hacían a través de las columnas de anuncios personales del *Courier*, empleando una clave convenida de antemano.

”Los aquí presentes acogieron sus planes con entusiasmo. Más o menos, todos tenían una cuenta pendiente con los pandilleros o estaban hartos de sus desafueros. Incluyo en esto a la señora Normand y al profesor Walker, cuyos puestos ocupamos accidentalmente la señorita Hamrin y yo. Pero lo que sus compañeros ignoraban era el trasfondo de dichos planes, la idea tan tenebrosa que se escondía tras ellos. Porque usted, Ryan, proyectaba hacerse el amo de la ciudad, eliminando así a todos los competidores e inaugurando una era de terror y opresión, al lado de lo cual, lo sucedido hasta ahora hubiera sido un juego de niños.

Ryan pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Me difama, sargento —gritó—. Tendrá que probar todo lo que dice o de lo contrario...

Lentamente, Ned metió la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y extrajo de ella un papel, que arrojó sobre la mesa.

—Usted no podía llevar a cabo esos planes sin una ayuda exterior. Alguien colaboraría con usted, sabiendo los inmensos beneficios que iban a obtener. Y ese alguien no es otro que un personaje a quién se ha citado aquí esta noche, un notorio pandillero llamado “Doc” Taylor. Cometió usted un error, Ryan, un gravísimo error: dar a Taylor el número de su teléfono. Cuando me escapé del sótano, tras haber reducido al profesor, registré su casa de arriba abajo. Entonces sonó una llamada. La atendí, dándole largas a Taylor. Yo no sabía que era él, pero de Jefatura me dijeron quién había llamado. El resto fue sencillo.

”Sus intenciones eran de eliminarme, Ryan, como lo prueba el atentado de días atrás cometido por los hombres de Taylor. Claro está que para salvar las apariencias, no le quedó otro remedio que facilitar el sótano por si fallaba el golpe, como, en efecto, falló. Y al hacerme, prisionero, no se

atrevió a matarme, sabiendo que Walter y el otro enmascarado —fue usted, señor DeRoy? —no tolerarían mi muerte en modo alguno. Si yo moría en el sótano, se haría demasiado sospechoso. Era preciso, pues, tenerme encerrado hasta que todo hubiera pasado. Entonces me hubieran dejado en libertad y más adelante tratarían de asesinarme de nuevo.

Ned hizo una pausa.

—Muchas de mis palabras son deducciones, pero tienen una base lógica. Y, sobre todo, la prueba principal está ahí, en la confesión que he arrancado a Taylor esta misma noche. Ah, Ryan, por si no lo sabía, le diré que Kapper, el principal esbirro de Taylor está muerto y que el mismo Taylor se halla detenido ahora en los calabozos de la Jefatura de Policía, con un balazo en el hombro que me he visto obligado a propinarle. Taylor hablará y confirmará lo que dice ese papel, esperando que el juez se porte benignamente con él. En cuanto a usted, no le envidio la suerte que le aguarda, francamente.

Hubo un silencio después de las palabras del joven, durante el cual hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. De pronto, DeRoy se apoderó del documento, leyéndolo rápidamente.

Ryan se puso en pie, pero Ned le detuvo con un seco movimiento de su mano.

—¡Quieto! —dijo—. No me obligue a disparar, Ryan. Siéntese y ponga las manos sobre la mesa. Señorita Hamrin, ¿quiere buscar un teléfono y llamar a la Policía?

—Desde luego —contestó ella, poniéndose en pie.

En aquel momento, Spellon la agarró por el brazo, obligándola a sentarse.

—No se mueva, señorita —dijo, a la vez que miraba al joven—. Tiene usted razón, sargento. Hemos sido traicionados vilmente por este canalla. Y no es eso lo peor, sino que, en nuestro afán de hacer justicia, hemos estado a punto de sumir a la ciudad en un estado infinitamente peor del que se encuentra. Confesamos nuestras culpas, pero, al mismo tiempo, le rogamos nos permita purgarlas.

Ned enarcó las cejas.

—¿De qué modo?

—¡De este! —exclamó Spellon de pronto, arrojando el cuenco que servía para las votaciones contra el pecho del joven.

Sorprendido por el inesperado gesto, Ned trastabilló. Buscó un apoyo, a la vez que alargaba las manos instintivamente. Al fin, cayó sentado al suelo, perdiendo el revólver.

DeRoy fue más rápido que Ned y se apoderó del arma, apuntando con ella a Ryan, que pretendía huir.

—¡Alto, Ryan! —gritó—. Cójanlo, muchachos; no le dejen escapar.

Pease, Oakie y Spellon se arrojaron sobre el periodista, aferrándolo con

fuerza e impidiéndole el menor movimiento. Frases ininteligibles se escapaban de la boca de Ryan, cuyo rostro había adquirido el color de la ceniza.

De Roy miró a Ned que se había incorporado.

—Lo siento, sargento, pero vamos a hacer justicia con este miserable. Esta será la última actuación, de “La Espada y la Balanza” y le aseguro que va a dejar memoria. ¡Vamos! —exclamó, moviendo la mano armada.

Lois se acercó al joven temerosamente. Ned le tomó una de las manos, contemplando cómo los cuatro hombres se llevaban a Ryan a una habitación inmediata.

Los gritos del periodista sonaron atronadoramente, suplicando misericordia a sus aprehensores. Pidió clemencia en vano.

Los gritos cesaron de pronto, convirtiéndose en un ronquido inhumano de cortísima duración. Lois no se pudo contener y ocultó su rostro en el pecho del joven.

Diez minutos más tarde, DeRoy y los restantes comparecían ante Ned, con expresión seria y concentrada. DeRoy le devolvió el arma.

—La última sentencia de “La Espada y la Balanza” ha sido ejecutada —manifestó—. Ahora, a usted le toca decidir acerca de nuestra suerte, sargento.

Ned inclinó la cabeza.

—Presentaré un informe completo de lo sucedido —respondió Ned—. Son mis superiores los que decidirán sobre el asunto, aunque me temo que acabarán por archivarlo. No creo que se atrevieran a llevar el caso a un tribunal, sabiendo que ningún jurado los condenaría.

—No rehuiremos la acción de la justicia en ningún momento, sargento —contestó Spellon—. Si quieren algo de nosotros, ya saben dónde encontramos.

—Sí, señor —respondió el joven, pasando el brazo por los hombros de la muchacha—. Vámonos, señorita Hamrin.

Ella asintió en silencio. Pasaron a la habitación inmediata.

Ned procuró ocultarle con el cuerpo la macabra visión del cuerpo de Ryan, que colgaba de una cuerda atada a un gancho sujeto al techo. Salieron fuera, respirando el aire puro de la noche.

Guardaron silencio largo rato, en tanto volvían caminando al centro de la ciudad. Al cabo, Ned se atrevió a preguntar:

—¿Por qué suplantó usted a Clarabel?

—Presentía que iba a asistir usted a la reunión... —contestó ella, muy sofocada— y quería ayudarle por si le sucedía algo.

Ned sacudió la cabeza, sonriendo.

—Es usted maravillosa, señorita Hamrin.

Ella le miró, sonriendo también. Su espíritu empezaba a relajarse después de los momentos de tensión pasados.

—Escuche, Ned. ¿No le parece que, después de todo, es hora ya de que suprimamos los tratamientos?

—No es mala idea, Lois —contestó él, mirándola al fondo de los ojos.

Volvieron a callar unos instantes. De pronto, Lois se sobresaltó:

—¡Dios mío! ¡Me olvidaba de que Clarabel está atada todavía! Tendrá que dispensarme, Ned; he de ir a soltarla. Me va a poner verde cuando me vea.

Ned respingó:

—Demonios. Y eso me recuerda a mí que he de ir a soltar al profesor Walker. Todavía sigue encerrado en el sótano.

Los dos jóvenes se separaron, echando a correr en dirección opuesta. Pero no habían dado media docena de pasos en sentido contrario, cuando se volvieron el uno hacia el otro a la vez, encontrándose a mitad de camino.

—¡Lois!

—¿Sí, Ned? —exclamó ella anhelosamente.

—Recuerde: le debo una cena.

—Es cierto —contestó la muchacha—. ¿Cuándo paga su deuda?

Ned meditó unos instantes.

—Hay en la calle Coppermine un restaurante que está abierto toda la noche. ¿Qué le parece si soltáramos a los prisioneros y fuéramos luego allí a ajustar las cuentas?

El rostro de Lois se iluminó.

—Es una magnífica idea, Ned —se cogió de su brazo y le mico a los ojos—. ¿Vamos?

—Vamos —respondió él, rompiendo la marcha.

Sus pasos se fueron extinguendo hasta apagarse del todo. Lo último que se oyó, fue la grave voz de Ned a la cual respondió una tintineante carcajada de la muchacha.

FIN

Loy Carrigan
La muerte

aguarda en
Hong-Kong



APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato.

MINILIBROS
serie Oeste
4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

**Escritos por el conocido radiotécnico
R. J. de Darkness**

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta...

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.

ZANE GREY

Las mejores novelas del
Oeste, también apare-
cerán en la



marabú

Colección

marabú

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
813 — Jaime Burgos
IDILIOS

COLEC. "MADREPERLA"
709 — María Morgan
UN NOVIAZGO ACCIDENTADO

COLECCION "ROSAURA"
653 — G. Colomer
TRIANGULO DE AMOR

COLECCION "AMAPOLA"
540 — María del Carmen Rey
RUMBO A SU DESTINO

COLECCION "ALONDRA"
474 — Mary Loren
LA HIJA DEL GUARDABOSQUES

COLECCION "CAMELIA"
415 — Corín Tellado
AQUELLA ILUSION DESVANECIDA

COLECCION "CORAL"
87 — Corín Tellado
AQUELLA MUCHACHA

COLECCION "CORAL"
217 — Corín Tellado
ELLA Y SUS RECUERDOS

COLECCION "BISONTE"
754 — Fidel Prado
LA MUERTE SOBRE EL TAPETE

COL. "SERVICIO SECRETO"
618 — Clark Carrados
LA ESPADA Y LA BALANZA

COLECCION "BUFALO"
451 — Keith Luger
EL TERREMOTO DE ROCK HILL

COLECCION "TEXAS"
319 — M. Lafuente Estefanía
FAMILIA DE GRANUJAS

COLECCION "COLORADO"
243 — M. Lafuente Estefanía
EL INFIERNO DEL ORO

COLECCION "KANSAS"
209 — Orland Garr
NOBLEZA DE RAZA

COLECCION "CALIFORNIA"
293 — Meadow Castle
EL ACUSADO

Col. "HEROES DEL OESTE"
191 — M. Lafuente Estefanía
CANDIDATOS A LA MUERTE

COL. "ASES DEL OESTE"
161 — Silver Kane
EL PISTOLERO

COL. "BRAVO OESTE"
73 — Alf. Regaldie
EL SILENCIO DE LOS MUERTOS

COLECCION "PUNTO ROJO"
7 — Silver Kane
DIEZ PAJAROS NEGROS

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-73 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Dana Wynter

Nació el 8 de junio de 1932, en Londres y está casada con Greg Bautzer. La hemos visto, entre otras en: "El temible burlón", "La muchacha de Berlín", "Amor y guerra" y "Hundido al Bismark".

Foto 20th CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MURA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

N.º 1452